



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Grado

La guerra en la sociedad moderna europea

War in the modern european society

Autor

Juan Atrián Garcés

Director

Jesús Gascón Pérez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
2016

Resumen

El objetivo de este trabajo es, por un lado, establecer una definición científica y objetiva del concepto de guerra a lo largo de los siglos XVII y XVIII principalmente, ya que es durante este periodo cuando se afianzan los Estados modernos en Europa, además de ser el periodo de mayor proliferación de todo tipo de textos acerca del concepto de la guerra y los posicionamientos frente a ella. Analizaremos la evolución de este fenómeno a lo largo de los siglos mencionados y todo lo que a él concierne, centrándonos en los aspectos sociales, económicos y políticos de las guerras de la época que hemos señalado. Para esto, se han utilizado diferentes libros extraídos de la biblioteca universitaria María Moliner, así como varios textos digitalizados, ubicados en diferentes repositorios online.

Gracias al análisis de esta evolución podremos crear una imagen nítida de lo que suponía la guerra para las sociedades a las que afectaba y cómo estas respondían a semejante estímulo, superando (como ya se ha hecho en obras mayores) una "historia de la guerra" basada en lo militar, lo estético y en la pura parafernalia bélica. Una historia escrita por aficionados a lo militar, observadores parciales que no pusieron en valor los factores que rodean a la guerra, los cuales se retroalimentan y suponen las causas y consecuencias de un fenómeno mucho más amplio y complejo que un simple enfrentamiento entre dinastías, gobiernos o facciones. Como dice John Keegan: «Tal vez los historiadores militares fueran mejores historiadores si se tomaran la molestia de reflexionar sobre qué es lo que hace que los hombres se maten entre sí».

Abstract

The objective of this work is, on the one hand, to establish a scientific and objective definition of the concept of war throughout the XVII and XVIII centuries mainly, since it is during this period when the modern states in Europe consolidate, besides being The period of greatest proliferation of all kinds of texts about the concept of war and the positioning in front of it. We will analyze the evolution of this phenomenon throughout the centuries mentioned and everything that concerns him, focusing on the social, economic and political aspects of the wars of the time we have pointed out. For this, have used different books extracted from the university library Maria Moliner, as well as several digitized texts, located in different online repositories.

Thanks to the analysis of this evolution, we can create a clear image of what war meant for the societies it affected and how they responded to such a stimulus, surpassing (as has already been done in major works) a "history of war" Based on the military, the aesthetic and pure military paraphernalia. A history written by military fans, partial observers who did not value the factors surrounding the war, which feed back and suppose the causes and

consequences of a phenomenon much more extensive and complex than a simple confrontation between dynasties, governments Or factions. As John Keegan puts it: «Perhaps military historians would be better historians if they took the trouble to reflect on what makes men kill each other».

Palabras clave: cultura de la guerra, historia militar, Edad moderna, Europa, sociedad, ejército, XVII, XVIII, Estado, nación, país.

Keywords: war culture, military history, Modern Age, Europe, society, army, XVII, XVIII, Estate, nation, country.

Índice

<u>Introducción</u>	1
<u>Concepto de guerra y sociedad</u>	5
- Preludio: el concepto de guerra entre la intelectualidad de la época moderna	
- El concepto de guerra en la Edad Moderna	
<u>Primera etapa: el siglo XVII y la transición al XVIII</u>	11
- El ejército en la sociedad del siglo XVII	
- La incapacidad del Estado	
- Consecuencias de la guerra en la sociedad del siglo XVII	
- Características sociales y económicas de la creación y mantenimiento de los ejércitos	
- Hacia un mayor profesionalismo	
<u>Segunda etapa: el siglo XVIII</u>	39
- El modelo de ejército del XVIII	
- Consecuencias económicas y sociales de la guerra	
- Hacia la nación en armas	
<u>Conclusiones</u>	52
<u>Bibliografía</u>	55

Introducción

Para superar la perspectiva puramente bélica y estética de la guerra, la cual fue elaborada desde un principio por las historias oficiales y las corrientes cercanas al positivismo, debemos alejarnos de la producción historiográfica creada por autores que no entienden el rigor del análisis histórico como la característica fundamental de cualquier obra en el campo de la Historia. Así pues, debemos descartar como fuentes principales de investigación gran parte de los textos sobre la guerra escritos por militares y esos entusiastas de la guerra, ya que son los relatos que narran las guerras desde dentro, como acontecimientos aislados sin ninguna conexión con la sociedad que les rodea y les da origen. El contenido de estas obras radica en las grandes batallas, las campañas militares, la grandeza de generales y demás cargos militares, etc. Sin profundizar en las conexiones que todo esto tenía con un contexto mucho más amplio y que abarca muchos ámbitos de la vida humana (económico, político, social...).

A lo largo de la Edad Moderna y, sobre todo, tras las guerras napoleónicas, se ponen de manifiesto tres formas de analizar el fenómeno bélico, las cuales son establecidas por primera vez gracias al trabajo de Jomini en su obra *Précis de l'art de la guerre* (1838). La primera de ellas sería ese relato detallado de las batallas, más parecido a la elaboración de un inventario que de un estudio histórico. Después estaría la vertiente que pretendería extraer, a modo de leyes universales, comportamientos o formas de proceder y actuar mediante la comparación de diversos episodios bélicos (para poder hacer un tratado general sobre el arte de la guerra). Finalmente tenemos la puesta en escena de un análisis más amplio de la guerra, el cual contempla muchos otros factores de tipo económico, político y social que, aunque no están presentes en la propia batalla, son causa y consecuencia de esta. Este es el inicio de la verdadera historia militar.¹

La guerra como tema a estudiar por la Historia supondrá la superación de esa perspectiva bélica y estética, estableciendo como prioridad el estudio de la diplomática y las relaciones entre los países, a la vez que iban adquiriendo protagonismo los elementos económicos y sociales de los Estados implicados en los conflictos. Así se superará la idea de que la guerra es «La continuación de la política por otros medios»,

¹ ESPINO LÓPEZ, Antonio, «La historia militar. Entre la tradición y la renovación», *Manuscripts*, n.º 11 (1993) p. 216.

idea que nace del pensamiento de Clausewitz. Gracias a todo esto, se establece la disciplina de la historia militar, con un método y unos objetivos mucho más científicos que en el pasado.²

Es señero el caso español, ya que nos encontramos ante un vacío de estudios historiográficos acerca de lo militar, el cual se está intentando superar desde los últimos años. Esto quiere decir que no se realizaban los pertinentes análisis de las obras escritas que hablan sobre el tema, las cuales son tremendamente parciales, escritas por esos entusiastas de la guerra que no la analizaban desde un punto de vista objetivo y que considerase el contexto de la guerra. No obstante, como bien señala María Dolores Herrero en su artículo (citando a otros dos autores): «En el siglo XX, el siglo de las dos grandes guerras mundiales, asistimos a la renovación de los estudios de Historia Militar».³

Si hablamos de la cultura de la guerra en la historiografía debemos citar el trabajo de David García Hernán titulado *Guerra, propaganda y cultura en la monarquía hispánica: la narrativa del Siglo de oro*.⁴ En la introducción, el autor nos da las claves para entender la evolución del tema de la guerra en la historiografía, que se da paralelamente a la evolución de la historiografía general. La historia cultural ya no se centraba tanto en las representaciones de la cultura, sino en la concepción de esta como un fenómeno amplio y global que analizaba los modos de pensar y actuar de una sociedad en concreto. Esto pasó a llamarse la «historia cultural de lo social».

Gracias a todo lo anterior se va haciendo patente la necesidad de estudiar aspectos de la mentalidad de los soldados, de su entorno y las relaciones que estos tenían con la sociedad civil. El punto de inflexión se dio con el libro de Cardini *La culture de la guerre*, que analizará este fenómeno desde sus causas hasta sus consecuencias.

Actualmente estamos asistiendo al surgimiento de diversos trabajos que abordan el tema de la cultura de la guerra desde varias perspectivas, siendo las más importantes la social y la económica. Ya no se concibe un estudio sobre este tema que no tenga en cuenta estos aspectos principales.

²*Íbidem*.

³ HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, María Dolores, «La investigación en historia militar de la Edad Moderna y sus fuentes. El Archivo General Militar de Segovia, decano de los Archivos Militares Españoles», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 38 (2013).

⁴ GARCÍA HERNÁN, David «Guerra, propaganda y cultura en la monarquía hispánica: la narrativa del Siglo de oro», *Obradoiro de Historia Moderna* n.º 20 (2011), p. 282

Esto no significa que haya que despreciar totalmente este tipo de obras de carácter puramente bélico y sin contrastar, ya que nos pueden aportar valiosa información de carácter técnico acerca de los ejércitos y armadas de la época que estamos tratando. Nos ofrecen toda variedad de aspectos relacionados con las funciones y forma de proceder de las fuerzas armadas de diferentes países, de tipos de tácticas usadas en las contiendas y mucho más. Sin embargo, estos detalles no salen de un estudio interno de la propia institución del ejército y no se ponen en relación con las características sociales de este.

La nueva perspectiva de este tipo de estudios (los de la guerra) es consecuencia de la necesidad de desterrar cualquier tipo de historia parcial y unilateral y ofrecer una visión crítica y contrastada del fenómeno en sí. Y esto debe ser realizado por los historiadores de la guerra, no por los propios militares y los admiradores de estos, ya que ambos ofrecen una visión plana. Una visión que describe a las fuerzas armadas como elementos independientes y autónomos de las sociedades en las que se encuentran o las rodean.

Tampoco queremos elaborar una definición de guerra al uso, es decir, una definición sintética y básica de la palabra «guerra». Para este fin podemos echar una ojeada rápida a la obra de Karl Von Clausewitz, donde podemos leer que, de manera resumida, que «La guerra es pues un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad»⁵

El concepto de guerra en la mentalidad de una sociedad tiene un desarrollo dialéctico; una evolución constante, sujeta a la propia evolución de dicha sociedad. Así pues, podemos hacer una larga comparación entre los sentimientos y pensamientos que ha suscitado la guerra para sus contemporáneos a lo largo del tiempo, desde los inicios del Antiguo Régimen, donde la guerra era considerada como algo intrínseco al ser humano, algo que formaba parte de su propia naturaleza, hasta el momento actual, en donde la guerra es considerada como la mayor de las atrocidades contra la humanidad.

La guerra es anterior a la formación de los Estados, anterior a la diplomacia. La guerra ha estado presente desde los albores de la humanidad. Esto no quiere decir que en el ADN del ser humano figure el instinto de matar, de hacer la guerra, sino que es la producción cultural de una sociedad la que implanta ciertos valores en la mentalidad de

⁵CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerra*, (versión íntegra de 1832), edición al español, Madrid, La esfera de los libros, 2005, p. 17.

los individuos que la conforman. La cultura es la que crea y legitima ciertos valores sociales para legitimar los intereses de una clase dominante. Y así lo expresa John Keegan en su libro *Historia de la guerra* con la siguiente frase: «Somos animales culturales y es la riqueza de nuestra cultura lo que nos sirve para aceptar nuestra innegable capacidad para la violencia, convencidos, no obstante, de que su brote es una aberración cultural».⁶

⁶KEEGAN, John, *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1993, p. 22.

Concepto de guerra y sociedad

Preludio: el concepto de guerra entre la intelectualidad de la época moderna

Antes de profundizar en un análisis propio sobre el concepto de la guerra, estableceremos aquí las bases teóricas elaboradas por pensadores y filósofos de la modernidad y que configuraron, en mayor o menor medida, la idea de la guerra en la sociedad de aquella época. Para ello seguiremos la aportación de Castilla Urbano en su trabajo *Concordia y discordia en el Renacimiento: el pensamiento sobre la guerra en la primera mitad del siglo XVI*.⁷

Existe una gran diversidad filosófica acerca del concepto de la guerra desde el Renacimiento. Primero podríamos hacer una distinción entre las diferentes corrientes de pensamiento que tratan el tema de la guerra. Por un lado estarían las cristianas, que son variadas entre sí, y después tendríamos las doctrinas laicas, cuyo mayor representante es Maquiavelo.

La primera de esas doctrinas cristianas sería la del humanismo cristiano, una teoría sin carga política o social que apela más a las emociones y a lo espiritual. El representante por excelencia de este tipo de pensamiento fue Erasmo de Rotterdam.⁸

Para Erasmo, el rechazo a la guerra tiene una justificación religiosa, ya que la violencia de cualquier tipo es incompatible con el mensaje de Cristo. El humanista de Rotterdam utilizará la siguiente cita para ensalzar su mensaje: «después de que Cristo ordenase envainar la espada no es digno de cristianos hacer la guerra».

Con esta idea, Erasmo apelará a los diferentes gobernantes y papas para que no participen en guerra alguna ya que, además de ser los entes con poder de decisión en la totalidad de la sociedad europea, les atribuye una lucidez y una racionalidad de las que carecen el pueblo llano y la nobleza (al primero lo considera ignorante y, a los segundos, egoístas). También realizará una crítica a la institución militar y a sus integrantes, los soldados, a quienes consideraba como gente deleznable y pendenciera.

⁷ CASTILLA URBANO, Francisco, «Concordia y discordia en el Renacimiento: el pensamiento sobre la guerra en la primera mitad del siglo XVI», *Araucaria. Revista iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, n.º 32 (2014), p. 27.

Con esta concepción dañina de la guerra, Erasmo rechaza que pueda existir una guerra santa o justa. Ni siquiera contra el turco ya que, como él mismo dijo, «Yo considero que ni siquiera contra los turcos debe declararse una guerra a la ligera, ante todo porque pienso que el reino de Cristo se originó, se propagó y se consolidó por un camino totalmente distinto».

La segunda de las teorías cristianas que tratan la guerra sería la escolástica, basada en los preceptos de santo Tomás de Aquino y encarnada, por lo menos en su «versión española» en Francisco de Vitoria.⁹

Vitoria abogará por la legitimidad de una guerra justa en un contexto europeo en el que, tanto el emperador como el papa a principios del siglo XVI, habían demostrado no ser capaces de establecer el reino de Dios en la tierra. Nos encontramos en la época del surgimiento de los Estados-nación y el establecimiento de relaciones políticas entre los diversos países, las cuales se regirían por el derecho de gentes.

Para Vitoria, el bien común es el objetivo último a lograr. Para ello es imprescindible la concordia entre los diversos países y entre la humanidad misma. El medio para lograr este fin sería establecer una autoridad que estuviese por encima de los diversos gobiernos europeos, impidiendo que uno o varios de ellos se alzasen sobre los demás para obtener beneficio.

Sin embargo, Vitoria es consciente de que, demostrada la incapacidad de emperador y Papa, no existe ninguna autoridad por encima de los gobernantes capaz de conservar la paz. Así, nuestro filósofo llega a la conclusión de que esta autoridad debe ser ejercida por los mismos individuos que la poseen sobre sus países, pero no haciéndolo como delegados de sus naciones, sino como delegados de la humanidad en general.

Para Francisco de Vitoria, la única forma de salvaguardar la paz será la existencia de una amenaza de guerra justa. Esta guerra será legítima cuando se ejerza contra un gobernante o un país que ha transgredido las leyes establecidas por ese «gobierno del orbe». De todos modos, la guerra en sí es un mal a evitar a toda costa, por lo que siempre sería la última opción para remediar el agravio y la injusticia.

⁹*Íbidem*, p. 32

La tercera de esas vías de pensamiento cristiano sería la del protestantismo, cuyo mayor exponente es, obviamente, Lutero.¹⁰

Aunque el protestantismo no tiene una posición clara u oficial ante la guerra, es perceptible la aproximación hacia la idea de la guerra justa. Lutero justificará esto con su teoría de los dos reinos, consistente en diferenciar la existencia del Reino de Dios, donde están todos los que creen en Cristo y cuyo gobierno no es violento, sino piadoso, en el cual las personas pueden alcanzar la salvación mediante una vida justa, y el Reino del Mundo, con sus propias leyes y al que pertenecen todos aquellos que no son cristianos.

Estaríamos diferenciando entre un reino espiritual y uno secular, separando las jurisdicciones religiosa y civil. De este modo, la guerra sería una tarea que solo podría emprender el reino secular (ya que la violencia no puede ser ejercida por aquellos que siguen el camino de Dios) y su único objetivo sería proteger a los más débiles de la injusticia.

Ambos reinos comparten el mismo espacio en el mundo, pero no todas las personas forman parte del mismo. Así, los verdaderos cristianos deben poner la espiritualidad por encima del mundo de las ambiciones y los bienes materiales, pero no pueden renunciar a vivir y desenvolverse en él, sino que tienen que hacer mejorar a los que no son cristianos verdaderos para que encuentren el camino de la salvación. La guerra será una de las herramientas de protección de los buenos cristianos contra los malvados turcos, por ejemplo, alcanzando así la condición de guerra santa o justa.

Por último, hablaremos sobre el humanismo cívico y su forma de entender la guerra. Esta doctrina es de carácter secular y establece a Maquiavelo como su principal pensador.¹¹

Este tipo de pensamiento no se basa en argumentos religiosos para rechazar o justificar la guerra. Para Maquiavelo la guerra siempre fue la política en acción, y cualquier amenaza a la patria era una justificación más que suficiente para hacer la guerra. Además, el diplomático florentino ya adelanta la idea de que la guerra es

¹⁰ *Íbidem*, pág. 38

¹¹ *Íbidem.*, p. 44

intrínseca a la sociedad, idea que refutará Clausewitz y de la que hablaremos más adelante.

Para Maquiavelo, la guerra tendrá una implantación interna y externa en la sociedad. Internamente, los conflictos sociales serán los desencadenantes de los cambios de gobierno, para bien o para mal y, externamente, la guerra actúa como aglutinador social, es decir, refuerza los lazos de unión entre los miembros de una misma nación y contribuye a que los más formados se pongan al frente de los gobiernos.

Maquiavelo también, antes que Clausewitz, hablará de la necesidad de la disciplina militar, cuya consecuencia más beneficiosa sería el dotar de unidad a los miembros de un ejército, convirtiéndose en un mismo cuerpo.

El concepto de guerra en la Edad Moderna.

Durante la Edad Moderna la guerra fue considerada como un suceso natural, intrínseco a la naturaleza del hombre e, incluso, algo necesario, ya que se le dotaba de un significado purificador. Era algo inevitable. Esto es consecuencia del análisis que durante largo tiempo tuvo este fenómeno por parte de las élites intelectuales y los propios gobiernos. La guerra era concebida como una pugna entre gobiernos (Clausewitz), entre monarquías, entre religiones... pero no se atendía con certeza a sus causas (muchas veces encubrían una causa personalista primigenia) y, sobre todo, a las consecuencias que provocaba. Incluso llegaba a ser considerada como un medio para aliviar la presión social originada por las malas condiciones de vida que soportaban las clases bajas de la sociedad (sin duda esto era cierto, ya que la participación en las propias batallas corría a cargo de estas clases sociales inferiores, que sufrían numerosas bajas y la presión sobre los recursos económicos para mantenerlas descendía).

Solo a largo plazo se consideraban los efectos que podía tener una guerra, como la mejora del comercio de la nación victoriosa a costa del detrimento de la actividad comercial de la derrotada. Esta rivalidad económica también podía ser uno de los principales motivos para declarar una guerra (aunque el *casus belli* se ocultase bajo algún tipo de agravio que el gobierno que declaraba la guerra aludía haber sufrido por parte de su rival). De este modo, la idea de que la guerra podía contribuir a cambiar la sociedad dio lugar a la progresiva aparición de gobiernos centrales dedicados casi

exclusivamente a cuidar este aspecto en aras de mejorar su posición frente al resto de sus competidores internacionales (todo ello en un contexto en el que la diplomacia aún no estaba afianzada como un elemento de interlocución entre las naciones y en el que no existía aún un organismo diplomático internacional).

Para analizar la manera de entender la guerra en la época que estamos estudiando, no podemos obviar la aportación de Clausewitz, general prusiano y pensador militar y cuya obra hemos mencionado antes. Debemos tener en cuenta que Clausewitz es un hombre de su tiempo, un tiempo en el que la guerra estaba institucionalizada, reglamentada (aunque no de una manera oficial) y era la herramienta más válida de la que disponían los diferentes Estados europeos para conseguir sus objetivos imperialistas.

La guerra, para Clausewitz, era una operación en la que intervenían dos o más agentes (los Estados) y cuyo objetivo era eliminar las trabas rivales para alcanzar ciertos objetivos. Vemos pues que, para Clausewitz, la guerra tiene una innegable connotación militar (la manera en la que la guerra se materializa es a través de batallas campales, navales, asedios, escaramuzas... siempre entre ejércitos rivales) y con un principio y un fin palpables, pero obvia otras vías de guerra que no se ajustan a la ética militar de la época, tachando a sus realizadores de «bandidos», «filibusteros» y un largo etcétera de adjetivos despectivos. Tampoco tenía en cuenta la guerra endémica, una guerra duradera en el tiempo y a una escala menor que la de los conflictos interestatales. Hablamos de conflictos entre ciudades o pueblos, pequeñas refriegas en las fronteras que no aparecían en los informes de los Estados y demás «pequeñeces» que, por no tener una resonancia o unas consecuencias importantes, no merecían ser mencionadas. Obviamente, esta concepción de la guerra era, de principio incompleta, y sería superada por consideraciones posteriores que indagaron mucho más en el tema.

La confusa diferenciación entre guerra y paz es otro factor clave para definir el concepto de guerra en esta época. Esta confusión la podemos observar en el papel que jugaban los países neutrales durante un conflicto armado.

Debido a que la diplomacia se encontraba aún en un estado embrionario, las violaciones de la neutralidad de muchos países eran muy frecuentes. Por ejemplo, el paso de un ejército por un territorio neutral era legítimo si no se dañaba a dicho territorio de modo alguno. Sin embargo, esto rara vez ocurría debido al escaso control

que los incipientes gobiernos centrales tenían sobre sus ejércitos. En las fronteras entre países también se daban constantes refriegas entre unos y otros, las cuales escapaban al control de los gobiernos, pero no desembocaban en conflictos oficiales entre países. Así, dos países que podían estar oficialmente en paz, en realidad desarrollaban pequeños conflictos entre ellos que no contribuirían ni mucho menos al establecimiento de unas relaciones cordiales.

En el mar la situación era aún más incontrolable debido a la ausencia de fronteras que demarcaran fielmente las zonas de influencia de una u otra potencia. En esta época las armadas eran aún un elemento mucho más rudimentario y desorganizado que los ejércitos terrestres y sentían en menor medida el ya de por sí escaso control de los gobiernos sobre las fuerzas armadas en general. Fue muy común la expedición de patentes de corso por parte de los gobiernos para dar vía libre al saqueo y destrucción de flotas de otros países sin que esto acabase por originar una guerra declarada.

Así pues, con lo anteriormente explicado, podemos intuir un concepto de guerra en el plano teórico que sería común a todas las sociedades del Viejo Continente (algo natural e inevitable). Sin embargo, el concepto en sí es mucho más complejo e implicaba aspectos que escapaban al entendimiento e, incluso, al conocimiento (y por supuesto también al control) de gobiernos, élites intelectuales y sociedad en general. Por supuesto, este concepto irá evolucionando e irá marcando nuevos comportamientos por parte de las diferentes sociedades europeas. A lo largo del trabajo iremos estipulando esa evolución paso por paso y demostrándola con varios ejemplos.

Primera etapa: el siglo XVII y la transición al XVIII

El ejército en la sociedad del siglo XVII

En los comienzos del siglo XVII nos encontramos con que los ejércitos europeos poseen una composición muy heterogénea y unos sistemas de organización también dispares. En este punto hablaremos de los diferentes tipos de organizaciones armadas existentes en la época, así como de las características sociales que las definen.

En primer lugar tenemos las milicias. Debemos tener en cuenta que durante el siglo XVI el tamaño de los ejércitos regulares creció de una forma inusual, y que tal tendencia se mantuvo en el siglo XVII. Estos ejércitos profesionales cada vez requerían de una mayor inversión, por lo que las cargas financieras de los Estados aumentaron en gran medida, destinándose la mayor parte de los recursos a costear dichos ejércitos. Tal y como anota M. S. Anderson en su obra *Guerra y Sociedad en la Europa del Antiguo Régimen (1618-1789)*, podemos ver el aumento de estas cargas fiscales en el transcurso de las hostilidades entre España e Inglaterra, Holanda y Francia para minar la hegemonía de la primera, iniciadas en 1580. España sufriría la bancarrota en 1597 y Francia e Inglaterra también verían dañadas drásticamente sus economías.

No por todo lo anterior se extinguieron las formas militares anteriores, pero su importancia sí que empezó a decrecer. Así pues, para fines más defensivos que otra cosa, los Estados europeos pusieron su atención en los cuerpos de milicias, cuerpos más baratos que los ejércitos regulares y más fiables que los mercenarios.

La milicia es una tradición de larga raigambre, ya que dota a la sociedad, sobre todo a las clases bajas, de la oportunidad de defender sus casas, campos y demás propiedades ante un peligro inminente o en épocas de crisis. Inglaterra supone uno de los ejemplos más relevantes en la creación de milicias, ya que la importancia de los ejércitos profesionales fue menor que para el resto de potencias europeas. Por este motivo las milicias proliferaron con más asiduidad.

Las milicias estaban compuestas, en su mayor parte, por campesinos y pequeños artesanos que eran armados para servir a sus Estados en esas tareas defensivas y

policiales. A cambio de prestar servicio, los milicianos recibían una serie de beneficios personales (exenciones fiscales o jurídicas, cierta preeminencia social...).¹²

Podemos diferenciar entre dos tipos de milicias si atendemos al radio de actuación que tenían:

Por un lado, tenemos las locales, cuyo único fin era mantener el orden público en un municipio concreto y la defensa de este.

Por otro lado, tenemos las territoriales, las cuales estaban integradas en los planes de defensa del Estado y eran movilizadas durante la guerra. España será un buen ejemplo de la existencia de estos dos cuerpos.¹³

Si antes decíamos que las milicias provienen de una larga tradición, debemos puntualizar que el reclutamiento para estas no fue popular en ninguna parte. El hecho de que sea el Estado el que ordena la creación de estos cuerpos armados y, por consiguiente, funcionen para los intereses defensivos del gobierno y no supongan una herramienta coercitiva del propio pueblo las convertía en un servicio militar más aunque con ciertas diferencias respecto al servicio militar regular. Por ejemplo, tenemos el hecho de que, en España (al igual que en el resto de países), el dinero era el mayor de los problemas. Las arcas públicas, empobrecidas durante largos periodos de guerra por la hegemonía tanto en América como en Europa, hicieron surgir la necesidad de trasladar a los ayuntamientos y a los nobles y pudientes locales la tarea de formar las milicias, con lo que el control que el gobierno central ejercía sobre estas menguaba de forma considerable.

Al desaparecer el control central sobre las milicias, se daba la situación de que, muchas veces, los ayuntamientos o mandatarios locales evitaban a toda costa dar información precisa acerca de las personas válidas existentes para formar parte de ellas, dificultando los reclutamientos. La causa principal de este suceso, no obstante, no era una concordancia de las autoridades locales, comarcales o provinciales con el desagrado popular que producía cualquier tipo de reclutamiento forzoso, sino que más bien era una estrategia para evitar que los jóvenes nobles en edad de combatir perdieran el privilegio de los hidalgos, el cual les eximía de realizar el servicio militar. Ante esta situación, el

¹²ANDÚJAR CASTILLO, Francisco, *Ejército y militares en la Europa Moderna* Madrid, Síntesis, 2014, p. 78.

¹³ *Íbidem*, p. 79.

gobierno español no tuvo otro remedio que establecer el carácter voluntario del reclutamiento para milicias en el año 1625¹⁴.

Por otra parte, la disciplina y la formación de las tropas era prácticamente nula en estos cuerpos de milicias, así como el equipamiento de los propios milicianos. La ineficacia es la consecuencia más directa de esta carestía de elementos propios de un ejército profesional. Aun con todo, en las milicias fijaron su atención todos los gobiernos de Europa por ser un cuerpo mucho más barato de costear y mantener que los ejércitos profesionales y los regimientos de mercenarios, utilizados ambos en las batallas importantes, mientras que las milicias eran relegadas a un papel defensivo y de garantía del orden público en las ciudades.

Por último debemos señalar que, a pesar de todos los inconvenientes anteriormente nombrados, las milicias suponían un método de integración de la sociedad civil en la esfera militar, lo que le dotaba de un mayor carácter democrático. El debate habido en los gobiernos sobre cuál era la mejor forma de organización militar (si las milicias o el ejército regular) fue largo y arduo. Sin embargo, acabó por imponerse la opción del ejército regular, debido a la fuerte actividad bélica en la Europa de la época y a la necesidad de formar a los soldados.

En lo que respecta a la organización militar regular (a los ejércitos regulares), debemos tener clara su característica principal (que no la única): la pervivencia de lazos y obligaciones feudales o semif feudales entre las tropas y entre estas y los oficiales. Siguen existiendo las levas feudales, aquellas que obligaban al vasallo a luchar al lado de su señor, así como la obligación de los nobles de prestar ayuda al rey en caso de guerra.

Un ejemplo de esto lo encontramos en la obra de Anderson, en la cual se incide sobre los esfuerzos que Francia y España hicieron para movilizar a la nobleza y a la alta burguesía para combatir en la guerra entre ambos países que estalló en 1635. Cito textualmente:

¹⁴ ANDERSON, M. S., *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen (1618-1789)*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1990, p. 22.

En 1637 los nobles de Cataluña fueron obligados a enviar a sus vasallos a la guerra corriendo ellos con todos los gastos; el año anterior, el cardenal Richelieu, a la sazón primer ministro de Francia, había intentado implantar en este país el ban y arrièraban, las tradicionales levas feudales de la nobleza.¹⁵

Sin embargo, estos intentos no tuvieron demasiado éxito debido a que la nobleza combatiente ya estaba integrada en el ejército regular, mientras que el resto de nobles y burgueses movilizadas huían, casi literalmente, de este compromiso, aferrándose a cuantas estratagemas políticas, privilegios y demás recursos estuvieran a su alcance.

Una característica común a todos los ejércitos de todos los países europeos es que, en ellos, la nobleza desempeñaba un papel director. La nobleza seguía viendo en la actividad militar su principal modo de vida y se esforzaba por transmitir a la sociedad que este estamento, por naturaleza, estaba mejor preparado que los integrantes del pueblo, de las capas más bajas de la sociedad, para desempeñar la dirección de las guerras.

Durante la Edad Moderna, la estructura estamental de la sociedad feudal sigue totalmente vigente en la práctica y en la mentalidad colectiva. Todo el mundo conoce El estamento al que pertenece. Por este motivo, el que la nobleza, el estamento director de la sociedad, fuese también el elemento director en la jerarquía militar era un rasgo que parecía normal a todas luces. Esta preeminencia del estamento nobiliario en lo militar se irá desgastando poco a poco conforme avancemos en los siglos XVII y XVIII por la necesidad de un mayor profesionalismo en los ejércitos, por la propia evolución del concepto de guerra y por el avance de las técnicas y tecnologías de la guerra, que requerirán a personas formadas, lo que irá minando este carácter hereditario de los cargos militares y sustituyéndolo por la preferencia de profesionales de la guerra (gente formada con experiencia militar).

En estos comienzos, la influencia de un noble sobre su señorío y sus vasallos era aún enorme. Hablamos de que el apellido constituía una herramienta persuasiva fundamental para el reclutamiento de vasallos en un señorío, sobre todo en países donde el gobierno central no estaba del todo afianzado. España es un ejemplo extremo¹⁶, ya

¹⁵ *Íbidem*, p.23.

¹⁶ CONTRERAS GAY, José, «El servicio militar en España durante el siglo XVII», *Chronica Nova*, n.º 21 (1993-1994), pp. 99-122.

que a principios del siglo XVII la unidad política no estaba del todo afianzada (ésta se conseguiría parcialmente con los decretos de Nueva Planta). Aquí los nobles jugaban un papel fundamental a la hora de formar los ejércitos para cualquier campaña militar y, por contra, los nobles también podían ser un obstáculo prácticamente insalvable a la hora de reclutar, sobre todo en zonas con un mayor patriotismo local (como Cataluña), lo que disminuía enormemente el control del gobierno central sobre los asuntos militares.

Teniendo en cuenta todo lo anteriormente explicado, se torna fundamental la profundización en la creación de ejércitos profesionales regulares y pagados por el Estado, siendo este el máximo órgano de dirección de dichos ejércitos. Las milicias y las mesnadas feudales pasan a ser concebidas por los gobiernos como un vestigio del pasado y un obstáculo a eliminar para procurar el avance de la creación de un ejército moderno, ya que disponen de un grado de autonomía, indisciplina y desorganización que para nada beneficia al afianzamiento de un poder central en todos los ámbitos de la sociedad (en este caso, en el ámbito militar).

En los países más ricos se torna como característica fundamental la contratación de mercenarios para nutrir sus ejércitos. Países como Francia, Inglaterra u Holanda recurrirían a la contratación de soldados a sueldo de manera muy constante, ya que los mercenarios solían mostrar una fidelidad hacia el dinero que se les prometía mayor que la que mostraban los ciudadanos propios hacia su gobierno. De esta forma se crean verdaderos ejércitos de profesionales (que no profesionales), ya que la mayor parte de los cuerpos estaban formados por individuos cuyo único oficio y ganancia era la guerra, pero que no se preocupaban de bajo qué bandera luchaban ni de crear una institución militar con unos métodos y unos objetivos racionales y reglados (como sí hará Clausewitz).¹⁷

Según Anderson, el mejor ejemplo de un ejército de profesionales a principios del siglo XVII lo encarna la República Holandesa, aunque niega que sea el prototipo de un verdadero ejército profesional. Esto se debe a que, si bien las tropas holandesas no eran reclutadas mediante levas feudales o mediante la integración de milicias populares a las filas del ejército regular (rasgo que definiría a un ejército moderno), éstas eran reclutadas casi totalmente fuera de las fronteras del país, lo que viene a ser una

¹⁷ Andújar Castillo, *Ejército y militares op. cit.*, pp. 71-73.

dependencia total de tropas mercenarias a sueldo cuya lealtad se restringía a quien mejor les pagase, de manera que el Estado no contaría con un aparato militar estable y al servicio íntegro de sus intereses . Con todo, esta diferencia con el resto de países europeos supuso un avance hacia una mayor profesionalización, ya que contribuyó a mejorar la disciplina de la tropa, a la vez que se abrían las puertas para emprender una carrera profesional en lo militar.

Otra diferencia con respecto al resto de países europeos es que los soldados holandeses tenían como oficio la guerra, al contrario que en las levas feudales o en las milicias, donde el alistamiento era temporal y para una campaña militar en concreto. Al convertirse la guerra en un oficio por el que se percibía una remuneración más o menos regular y con una duración más extensa en el tiempo, la disciplina de la tropa y la organización mejoran. Tanto es así que en Holanda fue posible crear una instrucción militar más completa y sistemática, surgiendo obras de instrucción y formación militar tan importantes como el *Wapenhandlinghe*, de Jacob de Gheyn.¹⁸

Estos cambios no fueron del todo completos, ya que aún faltaría un largo camino que recorrer para llegar a la completa profesionalización de los ejércitos. Sin embargo, supusieron un paso adelante que todos los países de Europa intentaron imitar en mayor o menor medida. La severa disciplina del ejército holandés, los cambios tácticos aportados por la experiencia en combate, y una serie de rutinas de entrenamiento racionalizadas fueron los aportes más importantes para este avance hacia un ejército moderno.

Este proceso de surgimiento de los ejércitos modernos no es uniforme en toda Europa, ya que un ejército compuesto mayormente por mercenarios, asegurándoles un equipamiento completo, suponía un gasto que no todos los gobiernos podían asumir. Solo las potencias más ricas podían hacer frente de mejor manera al coste que suponía tener un ejército permanente. Por este motivo, la mayoría de potencias siguieron contando con ejércitos compuestos en su mayoría por milicias militarizadas y por tropas feudales.

¹⁸Anderson, Guerra y Sociedad *op. cit.*, p. 23. Esta obra escrita, compuesta de 116 grabados acompañados por extensos textos explicativos, fue utilizada como un manual de instrucción en Holanda y en el resto de potencias europeas, siendo el documento más completo sobre formación militar teórica y práctica elaborado hasta entonces.

En lo que respecta a las armadas, estas eran todavía mucho menos profesionales que los ejércitos de tierra y es que, en la Europa de principios del siglo XVII, la idea general de los gobiernos era que la supremacía militar radicaba en un ejército fuerte y disciplinado, dejando en un segundo plano las armadas, las cuales no recibían tanto apoyo financiero de los gobiernos.

La mayoría de las armadas (si es que se les podía llamar así en ese momento) estaban constituidas por barcos incautados o alquilados a particulares, con tripulaciones que no eran controladas ni pagadas por el gobierno. Además, los barcos no estaban preparados para el combate, por lo que tenían que ser adaptados de formas más o menos rudimentarias. Nada tenían que ver estos barcos con los posteriores galeones de guerra españoles o los navíos de línea ingleses.

En Francia, por ejemplo, se firmaban contratos con propietarios de naves para alquilarlas durante un periodo de tiempo al año por parte del gobierno para que éstas le cumplieran varios servicios. El resto del año navegarían en pos de los intereses de su propietario. En España la situación no era muy distinta ya que, de los diecisiete barcos que formaban la flota en 1616, cinco eran alquilados. Más tarde fue preciso alquilar más buques para escoltar a los barcos que traían plata desde América.

En conclusión, vemos que en Europa existían importantes inconvenientes a la hora de crear ejércitos y armadas profesionales de carácter regular y sujetos a un total control del gobierno central. Sin embargo, a medida que se fue avanzando en este aspecto, los ejércitos pasaron a ser un pilar fundamental de los regímenes absolutos europeos, ya que pasaron a ser poco a poco una oposición directa a la existencia de milicias autónomas locales o levas feudales que respondían únicamente a las órdenes de su señor, acabando así con las instituciones que se oponían a la creación de un poder centralizado. Así pues, a los ejércitos de los siglos XVII y XVIII los podríamos denominar «de transición», ya que conviven formas feudales de organización con nuevas formas que se van implantando a medida que surgen los Estados modernos.¹⁹

Hablaremos ahora de la composición social de las fuerzas armadas de la época. Los ejércitos se nutrían de toda suerte de individuos de diferente extracción social. Esto era debido a que la carrera militar ofrecía diversos tipos de recompensas a los que optasen por ella, recompensas que dependían del estamento social al que se

¹⁹ Andújar Castillo, *Ejército y militares op. cit.*, p. 86.

pertenciese. Por un lado estaban los que podríamos considerar como «lumpen», es decir, los individuos más apartados de la sociedad, como vagabundos, indigentes, criminales, desempleados... El ejército era considerado por la sociedad como una manera de deshacerse de tales elementos. Evidentemente el que los ejércitos estuvieran compuestos por gentes de este tipo lastraba cualquier intento de implantar un orden o una disciplina internos, aunque se prefirió sacrificar la calidad del ejército en beneficio de la paz social. Los ejércitos eran válvulas de escape para disminuir la presión social.

A este tipo de individuos se les daba una compensación económica bastante escasa por el servicio prestado, así como la oportunidad de poder eludir el castigo por diversos crímenes cometidos.

La nobleza también formará parte de los ejércitos y ocupará, como se explicará más adelante, los más altos rangos y oficialidades. Esto se debe a que, de momento, la carrera militar no recompensaba la capacidad o las aptitudes que demostrase una persona, sino que distribuía los honores y los méritos en función de la extracción social de los soldados. De esta forma, la nobleza, cuyo ideal romántico establecía que sus miembros eran los más aptos para el arte de la guerra, era el estamento que más partido sacaba a la carrera militar. Pudiendo incluso optar a determinados rangos que al resto de militares se les denegaban.

La mayor parte de los soldados, como es fácil de adivinar, provenían de las clases populares y trabajadoras, tanto urbanas como rurales (esta diferenciación la estudiaremos cuando hablemos del fenómeno del reclutamiento). Estas gentes se alistaban por necesidad, ya que formaban parte de los colectivos más desfavorecidos de la sociedad y, constantemente, se veían sometidos a necesidades económicas insostenibles. El ejército sería una de las vías para poder sobrevivir y para poder promocionar socialmente.

Si bien es cierto que los ejércitos eran costeados mediante impuestos extraídos, fundamentalmente, al pueblo llano, no podemos decir que este viera a tales organizaciones del todo con malos ojos, ya que constituían esa válvula de escape que mantenía la paz y el orden dentro del país. Con esto no queremos decir que el ejército estuviese aceptado socialmente de forma total. En muchas ocasiones, y como se explicará más adelante, la estancia de un ejército en una población determinada causaba muchos más estragos que beneficios a la población local. De esto hay varios ejemplos,

como la revuelta catalana de 1640, entre cuyas causas destacan los excesos de las tropas castellanas ahí asentadas durante la guerra con Francia.

Pongamos nuestra atención en el fenómeno del reclutamiento de las tropas. Es difícil saber los motivos particulares que llevaban a cada soldado a alistarse, sobre todo porque la literatura y los diarios de soldados no constituyen fuentes fiables de información, ya que pecan de un idealismo excesivo.²⁰ No obstante (y como se recalcará más adelante), había varias motivaciones, como el deseo de ascenso social, el deseo de viajar y ver mundo, huir de una vida rutinaria en un taller o en el campo y un largo etcétera. Sin embargo, y sin lugar a dudas, el motivo prioritario para alistarse era la necesidad.

Este proceso deja marcado de forma clara el carácter clasista de la composición social del ejército, es decir, deja a la vista el organigrama de la jerarquía militar y a qué puesto podía aspirar cada individuo según la clase social en la que hubiese nacido.

En lo que respecta a la mayoría de los soldados, normalmente se ha creído que provenían de tres ámbitos principales: la montaña, la ciudad y las zonas de frontera inmersas en conflictos bélicos. Esto, si bien puede ser cierto en líneas generales para el caso europeo, no lo es para el caso español, ya que la monarquía hispánica afrontaba verdaderas dificultades a la hora de reclutar soldados en las zonas montañosas. Esto era debido, sobre todo, a que las gentes ociosas de estas zonas eran pocas y emigraban prontamente a zonas agrarias más productivas o a la ciudad.²¹

Las zonas de llanura, fértiles y buenas para el cultivo, eran lugares idóneos para reclutar soldados. Esto es debido a que eran zonas con abundante población y, por lo tanto, tenían un importante excedente de mano de obra que, para ganarse la vida, no dudaría en alistarse en el ejército.²²

Por último, tenemos las zonas de frontera que estaban envueltas en conflictos bélicos. Aquí también veremos que el reclutamiento es más abundante que en otras zonas. Esto es lógico si se tiene en cuenta que estas zonas estaban siendo o habían sido devastadas por la guerra, lo que había ocasionado la pérdida de tierras y cosechas por

²⁰ RIBOT, Luis (coord.), *Edad moderna II. Escenario europeo*, Madrid: Ministerio de Defensa, Secretaría general técnica, 2013, p. 205.

²¹ *Ibidem* p. 209.

²² *Ibidem* p. 210.

parte de los campesinos. Esto hará que, ante el hambre inminente por haberlo perdido todo, los campesinos se alistaran en el ejército.²³

Si nos fijamos en la procedencia de la mayoría de los soldados, vemos que existe una pugna estadística entre los de procedencia rural y urbana. Esta pugna se decanta ligeramente hacia el mundo urbano. Diversos estudios a nivel europeo (sobre todo para los casos francés, inglés y español) han dado muestra del porqué de esa ventaja del mundo urbano para el reclutamiento, y no es sino por ser este un ámbito donde el excedente de mano de obra es mucho mayor que en el campo, por lo que hay muchos más individuos susceptibles de ser reclutados. Un ejemplo de esto fueron las compañías de voluntarios del ejército español.²⁴

Los ejércitos de toda Europa estaban lejos de convertirse en esos cuerpos homogéneos y disciplinados que tanto ansiaban los gobiernos. El control de estos sobre los mencionados ejércitos seguía siendo muy vago debido a lo que se ha explicado anteriormente (milicias y levas feudales), aunque es ahora cuando se empezaría a tomar medidas por parte de los Estados para aumentar el control sobre las fuerzas armadas. Las más importantes se explicarán más adelante.

El reclutamiento solía ser encomendado a los nobles o a militares de alta graduación con una larga trayectoria en el ejército (en la mayoría de los casos, esos militares también pertenecían a la nobleza). A su vez, estos elementos también delegaban la creación de los regimientos en militares más jóvenes pertenecientes igualmente a la nobleza o a la alta burguesía. Los motivos por los que se alistaba la gente eran variados, como el ansia de aventura y de salir de la rutina, poder viajar, etc. Sin embargo, estos motivos eran los menos, siendo el mayor y principal de todos la necesidad de escapar de unas condiciones de vida deplorables, de miseria y pobreza, condiciones que sufría la gran mayoría de la sociedad o, si no, escapar de la justicia por algún acto delictivo.

Un soldado tenía derecho a una paga, la soldada. Un pago regular de una cantidad de dinero era una ventaja muy atractiva para personas que vivían en la más absoluta de las miserias. Con esta paga podría, en teoría, cubrir sus necesidades básicas. Sin embargo, la regularidad de la paga era casi inexistente y la cantidad bastante baja.

²³ *Ibidem* p. 212-213.

²⁴ *Ibidem* p. 211.

Con todo, una mala cosecha que tendría como consecuencia una hambruna facilitaba mucho el reclutamiento.

Por supuesto, había otros muchos métodos para «convencer» a una persona para que se alistase en el ejército. Había varios tipos de alistamiento obligatorio, como el de forzar a las milicias a integrarse a los ejércitos regulares o la leva forzosa²⁵, consistente en «la intimidación y la coerción para llevar a la guerra a los individuos más desvalidos de la sociedad.» Estas levas forzosas se ponían en marcha, muchas veces, de improviso, colocándose reclutadores en tabernas, prostíbulos y demás sitios donde los individuos más marginales se daban cita y donde era fácil aprovecharse de sus necesidades o de su estado de embriaguez.

Obviamente, estos métodos de reclutamiento eran enormemente impopulares, no solo entre los potenciales reclutas, sino entre los municipios, comarcas y provincias, ya que este tipo de reclutamientos atentaba directamente contra la potestad que tenían estas unidades territoriales de formar sus propios regimientos en base a los criterios que creyesen más convenientes (muchos ayuntamientos, concejos y demás órganos administrativos subnacionales se mostraron disconformes ante las levas forzosas a nivel estatal, llegando incluso a falsear documentos poblacionales para aportar un menor número de soldados). Esto se deja notar en que los afectados buscaban todo tipo de excusas para librarse del servicio militar impuesto a la fuerza (sobornos, alegatos de incapacidades...) y en que, los que eran obligados a prestarlo, conformaban el mayor porcentaje de las deserciones. Además, el hecho de que estos soldados forzosos se integrasen en las filas del ejército traía bastantes problemas a este, ya que eran soldados sin vocación y carentes de cualquier tipo de formación militar. Esto sin contar que el hecho de que hubiesen sido reclutados a la fuerza hacía que el enfado les predispusiera para el motín y bajase la moral general de la tropa.

El malestar generado por la leva forzosa se unía a otros inconvenientes que hacían peligrar gravemente la lealtad y eficacia de un ejército. Nos referimos a los problemas económicos que atravesaban casi todas las potencias europeas durante la famosa crisis del siglo XVII. La falta de recursos económicos impedía que el pago a las tropas se realizase con regularidad, lo que daba lugar a contestaciones de todo tipo por parte de los soldados. Destacan los motines, los cuales podrían ser considerados como

²⁵Contreras Gay, *El servicio militar op. cit.*, pp. 114-122.

huelgas en toda regla ya que, ante el impago de los salarios, los soldados se negaban a combatir, a moverse hasta no haberse visto recompensados e incluso a saquear pueblos y ciudades.

Otro elemento social propio de los ejércitos pero que no forma parte íntegra de ellos formalmente es el de los encargados de los abastos. Toda una serie de civiles con oficios primarios como carniceros, cantineros, tejedoras, etc., que acompañaban a las tropas durante las campañas para abastecerlas a cambio de una remuneración económica. Los impagos de los salarios también ponían en serio peligro la supervivencia de la propia tropa, ya que la alimentación y el cobijo corrían de su cuenta la mayoría de veces. Por este motivo se solía recurrir al saqueo para obtener enseres básicos como alimento o ropaje de abrigo.

La población civil de las zonas por las que pasaba un ejército era la que más afectada se veía por el saqueo y el pillaje de los soldados necesitados. No obstante, la perspectiva de poder vivir desahogadamente un tiempo gracias al botín obtenido del saqueo hacía que esta práctica fuese llevada a cabo no solo por los soldados más pobres, sino por toda suerte de soldados, suboficiales y oficiales de alto rango. Por ejemplo, durante la Guerra de los Treinta Años, Alemania sufrió un constante saqueo que llegó a alcanzar las cotas más altas vistas hasta entonces.²⁶

Otra práctica utilizada por los empobrecidos soldados para sobrevivir era el secuestro. Pedir un rescate por un prisionero hecho durante la batalla era muy habitual, así como una forma legítima de propiedad. Cuando un soldado hacía un prisionero lo vendía inmediatamente a un oficial superior el cual, a su vez, lo ofrecería a alguien de mayor rango. Otra vez, esta práctica beneficiaba mucho más a los oficiales que a los soldados rasos ya que serían los primeros los que cobrarían el mayor rescate por devolver al prisionero a sus allegados o al ejército al que pertenecía. Esta práctica trató de limitarse en 1630, dictaminando que los prisioneros serían propiedad del ejército y no de quienes los hubieran capturado. Sin embargo esto no se puso en marcha hasta la segunda mitad del siglo XVII. Mientras tanto, los rescates siguieron siendo otra forma de mantener los ejércitos cuando las pagas escaseaban.

Por otro lado, los ejércitos explotaban de forma bestial las ciudades, pueblos y aldeas que atravesaban, obligando a la población local a suministrar víveres, monturas,

²⁶ Anderson, Guerra y Sociedad *op. cit.*, p. 57.

ropas y demás enseres bajo previa amenaza de muerte o de destrucción de los asentamientos.

La incapacidad del Estado

A lo largo de la Edad Moderna todos los Estados intentarán ejercer el monopolio de la violencia para establecer un orden social estable. Esto conlleva que, cada vez, el Estado ejerza un mayor control sobre el aparato militar del que dispone. Poco a poco la sociedad europea va desarrollando la idea de la necesidad de que el ejército esté en manos del Estado y no de entidades privadas por el peligro que esto conlleva, ya que podrían enfrentarse al poder central.

Al encontrarnos en una época en la que no existía un aparato policial fuerte capaz de mantener el orden social en un país, será el ejército el que ejerza las funciones de policía. Cuando se producían altercados importantes que pusieran o pudiesen poner en peligro la paz social el ejército era la herramienta utilizada por el Estado para restablecer el orden, lo cual, muchas veces, lo hacía de una manera demasiado drástica. Así, el ejército se convierte en el garante de la estructura estamental de la sociedad moderna.

Aun con todo, a principios del siglo XVII todavía queda mucho camino hasta llegar al consenso general de que el poder militar debe estar exclusivamente en manos del Estado. En muchas ciudades europeas siguen existiendo milicias al servicio único del municipio el cual, muchas veces, disponía de un importante arsenal. Por otro lado, muchos nobles de rancio abolengo seguían guardando en sus castillos importantes cantidades de armas de mano y piezas de artillería.

Es en esta época cuando se empiezan a tomar las primeras medidas para reducir el poder militar de instituciones privadas. Aunque no tendrán demasiado efecto y los resultados serán desiguales en cada país, se trata del primer paso para establecer un dominio absoluto del gobierno (monarquía absoluta en la mayoría de casos) sobre la sociedad. Pongamos el ejemplo de España:²⁷

²⁷ *Íbidem* p. 32.

En España, los esfuerzos de esta índole tuvieron un resultado desigual. De un lado, la pequeña nobleza del reino de Valencia, provincia en la que los altercados eran tan frecuentes como las rivalidades entre las familias dirigentes, conoció el desmantelamiento de sus pequeños ejércitos señoriales. (...) En muchas regiones de España, la falta de recursos obligó al gobierno a devolver, sobre todo a las ciudades, las facultades administrativas y a depender cada vez más en cuestiones militares de los recursos particulares y de personas contratadas, en lugar de recurrir a los funcionarios públicos.

En el caso inglés, los recursos militares estaban muy dispersos entre diferentes nobles de alto rango y la gran burguesía. Cuando estalla la guerra civil de 1642, los realistas aportarán muchas armas para su causa.

También es importante el ejemplo francés, ya que fue en este país donde se hicieron los mayores esfuerzos para aglutinar el control del ejército en manos del Estado. Esta medida es entendible porque el gobierno francés había visto como Francia se desangraba con las Guerras de Religión, en las que dos facciones enfrentadas, los hugonotes protestantes y los católicos, protagonizaron un periodo de violencia casi ininterrumpida desde la década de los sesenta del siglo XVI hasta la década de los noventa.

En 1604, el primer ministro de Enrique IV ordena que se realicen inventarios en todas las provincias de las armas de fuego y municiones. Destaca la frase que el rey dijo a su ministro: «Solamente nosotros tenemos derecho a poseer artillería». Tras esto, muchos cañones de diferentes castillos que no suponían un enclave estratégico para la defensa de las fronteras francesas fueron retirados.

Como decíamos antes, en la práctica, el efecto que tuvieron estas medidas en los diferentes países fue escaso, ya que las autoridades locales y los grandes nobles se mostraban muy reacios a entregar sus armas. Hasta que el contexto político y social de Europa no cambió, no fue posible eliminar cualquier atisbo de poder militar fuera del control del Estado. Esto no se logrará totalmente hasta la llegada de la Revolución francesa. Sin embargo, a lo largo de la modernidad, se irán dando pasos importantes para lograr este objetivo.

Si nos adentramos un poco más en el siglo XVII vamos observando algunos avances sobre este tema, pero la situación no mejora considerablemente ya que aún queda un largo camino para poder hablar de ejércitos profesionales al cien por cien.

Hay varios motivos por los cuales los ejércitos aún no estaban profesionalizados. Primero, la formación tanto de la tropa como la de los oficiales, en el ámbito teórico y en el práctico, era casi inexistente. También existía una grave falta de disciplina, de organización y de control gubernamental. Estas carencias eran mucho más acusadas en las armadas que en los ejércitos ya que, por ejemplo, ningún país disponía de una jerarquía militar clara en su propia armada. Además, el mar era un hervidero de corsarios por la concesión indiscriminada de patentes de corso por parte de las potencias navales más fuertes. Ninguna de ellas había realizado esfuerzos verdaderamente importantes por eliminar al corso y establecer una armada fuerte y organizada que le consiguiese la hegemonía marítima. En 1632 Francia e Inglaterra firmarán un acuerdo en el que ambos se comprometen a reducir la concesión de patentes de corso. Esta medida apenas surtió ningún efecto, pero fue el primer avance hacia la consecución de armadas organizadas.

La pervivencia de una mentalidad militar antigua también supone un lastre para la profesionalización de los ejércitos. Lo que adelantábamos en páginas anteriores se sigue dando más adentrado el siglo XVII, como es el hecho del carácter feudal de algunas de las levadas, lo cual daba un poder inusitado al noble comandante, ya que las tropas sólo eran fieles a su señor, o la existencia de la idea de la necesidad de las milicias como herramienta de defensa de una ciudad, cuyas autoridades son las máximas también de la propia milicia.

Hay otros rasgos de esta mentalidad que también son un obstáculo, como por ejemplo la creencia de los oficiales militares de que lo que estaba en juego en una guerra era su honor, por lo que llegaban hasta extremos ridículos en los que, si una batalla no parecía poder reportar honor al vencedor, esta no se llevaba a cabo.²⁸ Esto, junto con el gusto por la pomposidad y la parafernalia militar son restos de un pasado caballeresco que gran parte de la nobleza recordaba con tintes románticos. Muchas

²⁸ Un claro ejemplo es la guerra entre España y Francia durante 1635, durante la cual el almirante Sourdis, al frente de la flota francesa en el Mediterráneo, cuando se disponía a entrar en batalla contra la flota española, se percató de que esta estaba en clara desventaja, por lo que envió algunos de sus barcos de vuelta a puerto para equilibrar las fuerzas.

veces se invertían desmesuradas cantidades de dinero en adornar los barcos, elaborar banderas y estandartes y demás futilidades, lo cual acababa siendo otro de los muchos enormes lastres que las haciendas públicas tenían para sustentar sus ejércitos.

A continuación nombraremos algunos de esos esfuerzos que se realizaron ya adentrados en el siglo XVII para aumentar el control del Estado sobre el ejército.

En primer lugar y uno de los más importantes fue el de unificar las armas y los equipos de los soldados. En cada país se establecieron unas características estándar para cada tipo de arma, uniforme, etc., lo que restaba poder a los coroneles propietarios de sus regimientos y a los comerciantes de armas y se lo daba al Estado, que establecería centros productores estatales para intentar abastecer a los ejércitos. Cosa que no conseguirá completamente hasta pasada la modernidad.

El implantar un equipamiento estándar en los ejércitos no fue tarea fácil ni rápida. Pasa lo mismo con el abastecimiento de las tropas, ya que en esa época los gobiernos centrales no consideraban que fuese responsabilidad suya mantenerlas, sino que era tarea de hombres de negocios y comerciantes, los cuales pactaban con el gobierno las cantidades, tipos y calidades de los suministros. Eran estos comerciantes los que hacían llegar tales enseres a los regimientos y con ello conseguían pingües beneficios. Este tipo de mecanismo de abastecimiento perdurará durante los siglos XVII y XVIII.

La imposición de un solo tipo de uniformes fue una decisión bastante beneficiosa. El uniforme era, para un soldado, la manera de hacer entender a la sociedad que era miembro de un grupo destacado de personas. Ahora, el uniforme también dará a entender que quien lo viste pertenece a un regimiento o ejército determinado, lo que fomentaba un espíritu de hermandad y compañerismo entre los soldados y la sensación de pertenecer ya a una institución impersonal (en lugar de sentirse soldados de un noble o comandante concretos).

Otro esfuerzo muy importante fue el de crear cuerpos comisionados que vigilasen las acciones de los ejércitos durante las campañas. Francia destaca en este aspecto debido a que el administrador militar Le Tellier creó a mitad de siglo un nuevo cuerpo de oficiales, los «*commissaires des guerres*», cuyas tareas eran vigilar los alistamientos, asegurarse de que los soldados recibían las pagas y muchas más.

Estos avances, entre otros, aunque mínimos, ya apuntan al desarrollo de un servicio militar moderno.

Consecuencias de la guerra en la sociedad del siglo XVII

Un análisis general del efecto de la guerra en Europa es, cuanto menos, un objetivo idealista. Esto es debido a que existen enormes diferencias entre los países de la época en cuanto a riqueza y al grado de violencia y destrucción. Por este motivo estableceremos las principales y más básicas consecuencias comunes a todos los territorios, pero teniendo en cuenta que son datos aproximados a la incidencia concreta de la guerra en cada lugar.

Las guerras producen toda una suerte de efectos económicos y sociales más allá del descenso demográfico inherente a las bajas y el deterioro económico provocado por la destrucción por parte de los ejércitos. La guerra tuvo un efecto claramente destructor en general. Primero la pérdida de vidas humanas en los campos de batalla o a consecuencia de las heridas. Se calcula que morirían unos 800.000 hombres a lo largo del siglo XVII en toda Europa²⁹. La mayoría de estas bajas no se producían en el desarrollo de las propias batallas, sino que resultaba mucho más mortífera la retirada de un ejército por un territorio anteriormente devastado. Esto es debido a la extensión del hambre entre las tropas, las heridas y los ataques perpetrados por campesinos y demás pobladores de la zona como venganza por la destrucción anteriormente sufrida (incendios de aldeas y campos, robos de ganado, secuestros de civiles, extorsión a la población...).

Las epidemias también eran un factor de riesgo que amenazaba a cualquier ejército, sobre todo a un ejército derrotado que se batía en retirada. Un ejército compuesto por hombres mal organizados y poco disciplinados creaba unas condiciones de vida para sus integrantes difíciles de soportar, ya que las epidemias se cebaban mucho más con ellos que con la población en general. La guerra también trae epidemias a las poblaciones a las que afecta y ayudaba a extenderlas, lo que trastocó gravemente la estructura de la sociedad en muchas partes de Europa. El tifus, la viruela, la peste o la

²⁹ *Íbidem*, p. 65.

disentería fueron las enfermedades más mortíferas del siglo XVII, y todas ellas expandidas por vastos territorios gracias a los movimientos de los ejércitos. Aunque la guerra no es la única causa de estas enfermedades, ya que es sobradamente sabido que estas tenían un carácter cíclico y que solían aparecer cuando volvían las hambrunas provocadas por la ley de rendimientos decrecientes del campo en épocas de paz y también por las enormes demandas de alimento por parte de los contingentes, lo que hacía que la población de la zona afectada por la guerra, sobre todo la masculina y joven, descendiese drásticamente y que no se recuperase hasta varias décadas después, ya que muchos jóvenes en edad de casarse y tener hijos morían en el frente o a causa de las enfermedades.

Por otro lado tenemos los brutales castigos que sufrían los soldados que habían cometido algún delito y el maltrato generalizado hacia los heridos y los prisioneros también eran riesgos a tener en cuenta. Por ejemplo, un batallón que había mostrado cobardía en la batalla o se había retirado de esta sin haber recibido la orden, podía ser diezmado (ejecutar a uno de cada diez soldados) como castigo y para que el resto de la tropa tomara conciencia de lo que suponía desobedecer las órdenes. En lo que respecta a los prisioneros, estos podían sufrir verdaderas calamidades si el ejército captor no necesitaba imperiosamente aumentar sus efectivos o si nadie se prestaba a pagar un rescate.

Otra causa del freno demográfico provocado por la guerra es la incorporación a los regimientos de jóvenes varones en edad de trabajar y casarse, lo que redujo drásticamente la tasa de natalidad en muchos países. Además, el aumento del precio de los alimentos en épocas de guerra (ya que los cultivos y los ganados eran destruidos, con lo cual el alimento escaseaba), provocaba que el hambre aumentase y se extendiese por los países afectados, lo que dejaba a la población en una situación mucho más vulnerable ante las epidemias y reducía el índice de fertilidad.

En el ámbito económico las consecuencias son también bastante duras. La guerra trastocó la industria, el comercio y la agricultura, generando un clima generalizado de inseguridad. A pequeña escala, la obligación de los aldeanos de proporcionar cobijo y alimento a los soldados, forraje a los caballos y dinero a los ejércitos constituía una carga muy pesada que podía arruinar en poco tiempo a una aldea o ciudad. Para forzar la satisfacción de estas demandas por parte de los ejércitos se

recurría al robo de ganado, al incendio de casas y campos, al secuestro de personas, etc. Con lo cual, durante una guerra, la supervivencia de una aldea o una ciudad dependía de cuánto tiempo pasase ahí un ejército, independientemente de que fuese propio o extranjero.

Se produce un círculo vicioso que acarrea graves problemas para la supervivencia de la población. La destrucción de campos y ganado hacía que la producción alimentaria y forrajera cayese en picado, con lo cual los ejércitos no podían ser abastecidos, lo que llevaba otra vez al saqueo y a más destrucción ante el incumplimiento de sus demandas. Todo esto suscitaba y acrecentaba cada vez más el odio por parte de la población civil hacia los ejércitos, llegando a darse casos de violencia contra estos por parte de campesinos furiosos. Se formarían guerrillas que hostigarán a las tropas regulares que se encontrasen en la zona. En Inglaterra, por ejemplo, este movimiento campesino fue conocido en 1645 como los *Clubmen* y llegó a extenderse rápidamente por las zonas más occidentales de la isla.³⁰

Las ciudades estaban algo menos expuestas que los pueblos y aldeas ante los atropellos de los ejércitos. Sin embargo, también sufrieron importantes consecuencias del paso de estos por ellas.

Otro efecto negativo fue la retracción del crecimiento económico al desviar casi la totalidad de los recursos de una nación a sufragar la guerra, de manera que no se invertían en fines más productivos. Además del problema que suponía reintegrar en la sociedad a soldados retirados en los tiempos de paz. Estos, sobre todo, serían empleados en la construcción de obras públicas. Por ejemplo, el Canal Imperial de Aragón fue construido por soldados retirados en su mayor parte.³¹ Por otra parte, si las guerras se desencadenaban durante la época de siembra o de cosecha en los campos, podía suponer la pérdida completa de la cosecha de ese año, lo que perjudicaba gravemente la economía de muchos municipios.

El aumento de los impuestos es otra grave consecuencia del inicio de una guerra. Para sufragar un ejército o una armada, los impuestos crecían de forma considerable para la sociedad en su conjunto y, de manera más significativa, en las poblaciones

³⁰ *Íbidem*, p. 69.

³¹ *Íbidem*, p. 140.

rurales, ya que estas, aparte de verse oprimidas por los aumentos fiscales, podían verse también en la situación de tener que sufragar el mantenimiento de un ejército que se encontrase en su territorio, independientemente de que este fuera aliado o enemigo.

El comercio marítimo se verá también seriamente afectado por la guerra. Los contendientes intentarán, a toda costa, destruir el comercio de sus enemigos, ya que la competencia comercial en esta época entre las grandes potencias marítimas está en su punto álgido. Todas las potencias luchan por aumentar sus exportaciones, pero en estos momentos estas exportaciones únicamente pueden aumentar, por lo menos a corto plazo, a costa de la apropiación de las cotas exportadoras de otra potencia. Con todo, y a pesar de la gran superioridad de la armada inglesa en esta época, ninguna potencia conseguirá anular completamente el comercio de sus enemigos.

La necesidad, ahora imperante, de proteger las rutas comerciales con convoyes armados tenía como consecuencia el aumento de la demora en los viajes, ya que un convoy era más lento que una travesía en solitario, además de necesitar más tiempo para formarse, lo que retrasaba la salida de las mercancías desde los puertos. Cuando las mercancías de un convoy llegaban a puerto, estas lo hacían en gran cantidad, provocando graves y repentinas fluctuaciones en el precio de los productos que no beneficiaban la estabilización de los mismos. Además, si un convoy era atacado y derrotado, las pérdidas eran cuantiosísimas para la compañía que sufría el ataque.

Debemos puntualizar que la guerra no tiene los mismos efectos ni estos tienen la misma magnitud en todos los países de Europa. Países más occidentales como España o Francia, al igual que Inglaterra, libraban sus guerras en territorio extranjero, por lo que los efectos de estas incidieron sobre dichos países de una forma menor y más indirecta. Sufrieron numerosas bajas que hicieron descender la población joven en edad de trabajar y tener familia, pero no sintieron efectos más atroces como la destrucción de poblaciones y las epidemias. Pasaba todo lo contrario en zonas como la de la actual Alemania, donde sí se libraron las guerras y sus efectos fueron más devastadores.

La guerra también significó cambios sociales duraderos hacia peor. La población rural y urbana veía constantemente debilitada su posición frente al aumento del poder de la nobleza rural. Por ejemplo, los grandes terratenientes aumentaron la cantidad de tierras que tenían en su poder gracias a los abandonos de los pequeños y medianos campesinos por miedo a los ejércitos.

Aunque es cierto que la mayoría de las consecuencias de la guerra son negativas, esta también podía, a veces, ser causa de ciertas mejoras en la sociedad (aunque mínimas en comparación con las pérdidas). Por ejemplo, ciertas contiendas contribuyeron a que personas, nacidas en la miseria y sin ninguna oportunidad de medrar socialmente en tiempos de paz, tuviesen mayores oportunidades para ascender en la escala militar y poder llevar una vida más cómoda. Claro está que esto sería algo excepcional, ya que los ascensos eran mucho más accesibles para nobles y ricos que para los pobres soldados rasos.

Por otra parte, la guerra estimulaba la demanda de ciertos productos, lo cual mejoraba la economía de los países productores. Armas, municiones y todo tipo de pertrechos para la guerra suponían, en tiempos de hostilidad, un negocio muy rentable. A quienes más beneficios reportaron este tipo de demandas fue a los países con una industria armamentística poco desarrollada, ya que se dieron los estímulos necesarios para potenciarla y obtener réditos significativos. Un ejemplo claro es Rusia. También benefició a los países occidentales más desarrollados, pero esto no supuso un salto cualitativo tan grande como en los países del Este.

Otro sector beneficiado en cierta medida fue el de la agricultura. Claro está que las zonas agrícolas afectadas por la guerra estaban sujetas a fuertes requisas por parte de los ejércitos ocupantes, pero otras zonas más alejadas del foco de las hostilidades podían beneficiarse del repentino aumento del precio de los alimentos.

Como conclusión, podemos decir que los efectos negativos de la guerra, tanto en lo social como en lo económico, superan con creces los posibles beneficios que se podían obtener de la misma. Las guerras siempre fueron un factor que retrajo la economía, destruyendo la industria y la agricultura y paralizando el comercio, además de los gastos que suponía crear y pertrechar un ejército de importantes dimensiones. La guerra también dañará seriamente la demografía de los países afectados, tanto por la pérdida de jóvenes como por las dificultades de recuperación que tiene un régimen demográfico antiguo, donde las tasas de mortalidad son elevadísimas.

Características sociales y económicas de la creación y mantenimiento de los ejércitos

Durante la segunda mitad del siglo XVII y hasta el final de las guerras de la Revolución francesa, los ejércitos de toda Europa experimentarán un crecimiento insospechado. Este crecimiento no es algo puntual y espontáneo, sino que se llevaba fraguando desde tiempos anteriores gracias al, poco a poco, mayor control de los Estados sobre los ejércitos y a todo un esfuerzo bélico dirigido a aumentar el territorio y el prestigio de cada país.

Potencias importantes como Francia aumentaron el número de soldados de forma exponencial. Ya en 1661, tras finalizar la guerra con España y haberse reducido los efectivos militares, Francia contaba con 32.000 soldados de infantería y 8.500 de caballería.³² Además, conforme pasaron las décadas, el número de efectivos fue aumentando hasta alcanzar los 220.000 soldados de infantería y 60.000 de caballería.

En lo que se refiere a la composición de las fuerzas armadas de mitad y final de siglo, estas siguen siendo de origen mayoritariamente mercenario y extranjero. También se da el caso de monarquías que reinaban en varios territorios alejados entre sí (por ejemplo, la española), por lo que no formaban ejércitos cuyos integrantes fueran de la misma nación. Volvemos a tomar a Francia como ejemplo ya que, en 1661, el ejército francés contaba con cuatro regimientos irlandeses, tres alemanes, dos escoceses, uno catalán y otro de gente proveniente de Lieja.³³ Asimismo, el ejército español que libraba batallas en los Países Bajos estaba compuesto, sobre todo, por soldados de los Estados italianos y alemanes.

Esta heterogeneidad de los integrantes de los ejércitos europeos no era un problema que restase cohesión a la tropa. Sin embargo, al tratarse en su mayoría de soldados mercenarios, no fue extraño que algunos soldados o incluso batallones enteros, una vez finalizado el contrato con un gobierno, pasasen a combatir para otro, independientemente de que fuera aliado o enemigo.

Además de los ejércitos de mercenarios reclutados en el extranjero, existían fuerzas auxiliares también extranjeras que, en tiempos de guerra, no entrarían a

³² *Íbidem*, p. 87.

³³ *Íbidem*, p. 89.

combatir, sino que serían alquiladas por un gobernante a otro para que las usara en sus propias batallas. De este modo, países con ejércitos pequeños pero con economías prósperas (como Suecia o Inglaterra), preferían alquilar tropas a crear sus propios ejércitos de grandes dimensiones.

Respecto al aumento del tamaño de los ejércitos, este supuso, obviamente, mayores cargas para la sociedad en la que se integraba, pero no fue la única causa de estos aumentos de cargas. Hubo otros dos factores que ayudaron a aumentarlas. Primero el empeño que se seguía poniendo en realizar asedios enormes y costosos. Por otro lado, los esfuerzos que muchos países estaban realizando para mejorar y aumentar sus milicias. De nuevo, Francia es un ejemplo excelente. Luis XIV mostraba un gusto excesivo por los asedios a gran escala y meticulosamente preparados mediante técnicas que, con el paso del tiempo, se habían consagrado en todos los ejércitos. Por otra parte, para proteger las fronteras este y nordeste de Francia (las más débiles), el rey se servirá de importantes ingenieros y arquitectos militares, como Vauban, para fortificar dichas fronteras con fortalezas en forma de estrella con puntas, lo que permitía tener un ángulo de tiro mucho mayor para los cañones y, además la forma de estrella hacía mucho más difícil asaltar las fortalezas.

Este tipo de estrategias de ataque y defensa resultaban sumamente costosas, por un lado, en dinero, por todo el despliegue armamentístico que suponía un asedio y, por otro, un coste elevadísimo en vidas humanas cuando se realizaban asaltos a las plazas fuertes del enemigo. Estos costes caían en la sociedad como una losa, cebándose sobre todo con las clases más pobres, las cuales debían pagar impuestos elevados y también eran utilizadas para nutrir de soldados a los ejércitos.

Hay motivos por los cuales los gobernantes seguían insistiendo en la táctica del asedio durante las guerras. Debemos tener en cuenta que el escenario principal del mayor porcentaje de batallas durante este siglo fueron los Países Bajos y Alemania, el norte de Italia y el Imperio Otomano. En estos lugares existían gran número de ciudades fortificadas en las que se almacenaban armas y provisiones de todo tipo, las cuales eran utilizadas para mantener a los ejércitos defensores. De este modo, arrebatar al enemigo estas plazas fuertes dotadas del sustento de su ejército era infligirle un duro golpe, así como una oportunidad de conseguir víveres y municiones para el ejército invasor. Muchas veces una victoria en campo abierto carecía de resultados efectivos debido a

que el ejército derrotado, aun habiendo tenido numerosas bajas, no había sido desprovisto de su sustento principal.

El hecho de que se siguiera utilizando primordialmente la táctica del asedio durante las guerras hizo cada vez más necesarios a ingenieros militares y artilleros, los cuales no habían sido considerados verdaderos militares hasta entonces. Cada vez los ejércitos se van nutriendo de más miembros formados, los cuales son capaces de aumentar la eficacia y eficiencia de las operaciones. Estamos pues, ante otro avance en la profesionalización de los ejércitos de la época, que cada vez crecen más ya no solo de forma cuantitativa, sino de forma cualitativa.

Paralelos a este crecimiento del tamaño y del coste de los ejércitos fueron los esfuerzos por fortalecer las milicias de los países europeos que más contiendas bélicas soportaban. Estas milicias serían usadas como fuentes de reclutamiento para el ejército regular, lo cual las hizo tremendamente impopulares (más si cabe) porque, como señalábamos en páginas anteriores, las milicias ya habían perdido ese carácter popular y de defensa y ahora eran meras herramientas de los ejércitos regulares. El ejemplo de Suecia nos clarifica esta situación. Este país creó un nuevo sistema de reclutamiento, el «Indelningswerk» durante los años setenta del siglo XVII, el cual hacía desaparecer las diferencias entre milicias y ejército regular, siendo las primeras totalmente controladas por el gobierno en tiempos de guerra.³⁴

La milicia siempre fue una institución impopular, como ya hemos dicho antes, y esta aversión se fue acrecentando con el paso del tiempo. Cuando se iban a sortear los puestos en los cuerpos de milicias, muchos campesinos intentaban eludir tal responsabilidad mediante varias estrategias. La más común era el casamiento, ya que las milicias intentaban nutrirse, sobre todo, de hombres solteros sin cargas familiares o económicas. También se intentaba ahorrar dinero para poder pagar, si fuera necesario, un sustituto para tal eventualidad. Incluso se llegaba a recurrir a la autolesión en casos extremos.

El reclutamiento para las milicias se solía hacer en las zonas rurales y dispersas, ya que extenderlo a las ciudades podía dar lugar a disturbios y motines muy perjudiciales para el orden social. Con todo, las milicias siguieron siendo un actor importante en tiempos de guerra durante los siglos XVII y XVIII debido a que siguieron

³⁴ *Íbidem*, p. 95.

desempeñando funciones de defensa en la retaguardia y como elementos auxiliares de los ejércitos regulares, mejor formados y más eficaces.

Las armadas, al igual que los ejércitos, también crecieron durante la segunda mitad del siglo XVII y el siglo XVIII, pero este crecimiento no fue de igual magnitud y mucho menos constante. Esto es debido a que la idea de poderío militar no se asociaba con poseer una armada fuerte, sino con un ejército fuerte y disciplinado. Se da una primacía de la guerra terrestre sobre la naval, y esto es bastante apreciable en el hecho de que, muchas veces, las armadas eran utilizadas simplemente para proteger los movimientos de tropas en tierra. El objetivo principal de los Estados modernos era contar con un ejército potente, no tanto con una armada de similares características debido, sobre todo, al gran coste que la creación y mantenimiento de éstas suponía para las arcas públicas.

Inglaterra constituía una excepción. Debido a su situación geográfica, para destacar como potencia militar no solo necesitaba tener un potente ejército, sino también una fuerte armada con la cual desarrollar sus operaciones. Inglaterra sí disponía de los recursos económicos necesarios para mantener una gran flota, la cual a finales del siglo XVII contaba ya con 173 buques fuertemente armados.

La República Holandesa, para mantener su posición de primera potencia comercial, también necesitaba una flota importante y fuertemente armada que protegiera sus rutas comerciales. A finales del siglo XVII hizo grandes esfuerzos por modernizar su armada mediante la construcción de navíos de línea, el tipo de embarcación por excelencia para cualquier armada. Sin embargo no logró estar a la altura de Inglaterra a este respecto.

El caso español es también importante. Durante el siglo XVII España fue la potencia colonial más importante de Europa. Para mantener sus colonias también necesitaba una potente armada. Sin embargo, los costes derivados de las muchas guerras que libraba este país en los Países Bajos y en Italia, hicieron que la marina española no recibiese ni la mínima parte de financiación necesaria para mantenerse, por lo que España ni siquiera pudo contar, para sus viajes a América, con una flota de segunda clase. Sin embargo, durante el primer decenio del siglo XVIII, la recuperación fue espectacular, creando una armada con 33 navíos de línea y varios galeones adaptados perfectamente para la guerra.

Además de las armadas, había otra arma de guerra extensamente utilizada por potencias marítimas como Inglaterra, Francia u Holanda: el corso. Durante esta etapa de transición de siglos se expidieron grandes cantidades de patentes de corso por parte de estas potencias, ya que era una forma de guerra barata y que perjudicaba notablemente al comercio enemigo.

Hacia un mayor profesionalismo

Durante los últimos decenios del siglo XVII y a principios del XVIII prosiguieron los esfuerzos de los diferentes gobiernos por avanzar en una mayor profesionalización en sus ejércitos. Aumentó la atención de los primeros en la administración de los ejércitos, esforzándose por reducir los costes y aumentar su eficacia ahondando en la uniformidad de las tácticas bélicas y en el armamento y equipamiento de los soldados.

La mejora de la administración central de los Estados modernos implicó profundizar en la uniformidad de los ejércitos. Un avance que lo ejemplifica es la creación de una jerarquía militar clara y estable en las diferentes fuerzas armadas.

Seguían existiendo muchos casos de regimientos que continuaban siendo propiedad de un coronel particular, el cual era el encargado de suministrarles el equipamiento y los abastos necesarios. Esto era harto peligroso para las administraciones centrales, ya que muchos de estos altos rangos militares seguían teniendo ideas propias acerca de las tácticas a usar en campaña, lo que comprometía la planificación de la guerra por parte de los gobiernos centrales. Sin embargo, y a pesar de la existencia de estos elementos reticentes a someterse a un control superior y civil, la transición a una uniformidad general de los ejércitos estaba ya en marcha y no se podría parar.

Por ejemplo, en los primeros decenios del siglo XVIII, el gobierno francés empezó a suministrar armas a sus ejércitos. Además, implantó un tipo de uniforme único para cada tipo de tropa, lo que favoreció el surgimiento de un sentimiento de hermandad y pertenencia a una institución impersonal por parte de los soldados. También se creó el cargo de inspector general de la infantería, el cual hacía revisiones periódicas a los regimientos para asegurarse de que se cumplían todas las normas

impuestas por el Estado. El caso francés es el más señero, pero esta tendencia a la uniformidad y racionalización de los ejércitos se dio, en mayor o menor grado, en todos los países de Europa.

Este aumento del control por parte de los Estados estaba encaminado, sobre todo, a reducir los costes de la formación de los ejércitos. Sin embargo, también provocó algunas consecuencias de carácter social. Por ejemplo, es en estos momentos cuando se empiezan a hacer mayores esfuerzos por atender de manera correcta a los heridos y a los enfermos, por lo que se empiezan a construir hospitales militares para este fin, ya que antes el cuidado de heridos y enfermos había corrido a cargo de la Iglesia católica.

Si profundizamos un poco más en el tipo de servicio médico que existía en los siglos XVII y XVIII podemos remitirnos al trabajo de Luis Alfonso Arcarazo García titulado *La asistencia sanitaria pública en el Aragón rural entre 1673-1750: las conducciones sanitarias de Barbastro*, en el cual se explica que la asistencia sanitaria dejaba bastante que desear. Podemos citar textualmente parte de la introducción del texto para hacernos una idea:

Se puede afirmar que, al menos desde el Renacimiento, la asistencia sanitaria se organizó no desde el Estado sino desde las diferentes estructuras sociales y políticas de menor tamaño del momento, destacando por su importancia los consejos municipales y ayuntamientos en el medio rural, en las grandes ciudades las parroquias, barrios o, incluso, las cofradías, utilizando un sistema denominado conducción, por el cual un grupo de población organizado contrataba los servicios de uno o varios profesionales, como, por ejemplo, maestros de primeras letras, albéitares, parteras, boticarios, cirujanos o médicos, para que prestaran sus servicios al colectivo, en este caso concreto, la asistencia sanitaria.

Otra de estas medidas fue la de otorgar pensiones a soldados mutilados o a las viudas de guerra, pero estas fueron muy pocas y eran pagadas con mucha irregularidad (si es que llegaban a pagarse). También se les otorgó, a los soldados licenciados, puestos básicos en la administración, como en el servicio de correos, recaudadores de impuestos, etc. Sin embargo, estos puestos requerían una formación académica básica, algo de lo que carecía la gran mayoría de los soldados por provenir de familias

humildes, con lo cual esta medida acabó favoreciendo casi exclusivamente a antiguos suboficiales.

Aun con todo, estas medidas apenas solventaban una mínima parte del problema, ya que no eran suficientes para cubrir las necesidades de las enormes cantidades de mutilados, enfermos y viudas que producía una guerra.

Segunda etapa: el siglo XVIII

El modelo de ejército del XVIII

Durante este periodo la composición social y organización de los ejércitos no varió demasiado con respecto al siglo anterior. En este caso, las armadas crecieron mucho más rápido que los ejércitos de tierra, lo que nos demuestra que, ahora, el objetivo de la guerra era apoderarse del comercio y las colonias ultramarinas de los enemigos. Tenemos dos claros ejemplos de este crecimiento de las armadas; uno es el de la armada británica, la mayor de todas, que alcanzó su punto culminante en 1783 con 468 barcos, de los cuales 174 eran navíos de línea.³⁵ El otro ejemplo lo constituye el de la armada española que, a pesar de haber casi desaparecido durante el siglo XVII, logró recuperarse a una gran velocidad, llegando a contar tras la Guerra de Sucesión con 58 navíos de línea listos para el combate.³⁶

Una de las características sociales de los ejércitos durante este periodo es que no crecieron de una manera tan vertiginosa como en épocas anteriores. Para algunas potencias, este crecimiento se estancó, llegando incluso a retroceder para otros países con menos recursos económicos para mantener a las tropas. Esto supuso un alivio general para la sociedad, ya que disminuían los reclutamientos (recordemos, algo odiado en general por todos los hombres) y, además, la presión de la guerra sobre una zona concreta era mucho menor.

Hablamos de un alivio poco significativo realmente, ya que no dejó de haber reclutamientos y estos tampoco se realizaron con unos métodos más humanos que los anteriores, los cuales ya hemos explicado. Además, durante este periodo, los problemas económicos de las clases sociales más desfavorecidas seguían siendo uno de los motivos principales del alistamiento «voluntario» (que en realidad era obligado para poder sobrevivir).

Durante el siglo XVIII también sigue existiendo la lealtad hacia un superior por parte de los soldados. Muchos nobles seguían reclutando sus regimientos en sus propios dominios, lo cual creaba un lazo paternalista entre estos y los reclutas. También, los reclutamientos se seguían haciendo entre las capas menos productivas y más

³⁵ *Íbidem*, p. 162.

³⁶ *Íbidem*, p. 163.

desfavorecidas de la sociedad o mediante mercenarios extranjeros. Algo que la profesionalización de los ejércitos irá eliminando paulatinamente, pero que seguía vigente. Con todo, el tópico que tenía la población más acomodada de que el ejército debía estar compuesto por elementos improductivos de la sociedad, mientras que las personas que pudieran aportar riqueza mediante su trabajo tendrían que dedicarse a trabajar en lugar de a luchar se fue desvaneciendo lentamente durante este periodo.

Al igual que en el siglo XVII, el ejército seguía siendo el garante del orden público, es decir, seguía siendo la herramienta de represión que usaba el Estado para mantener a raya los desórdenes y los tumultos. Seguía sin existir un aparato policial que abordase eficazmente esta tarea (las milicias, que solían dedicarse también a tareas de este tipo, no eran para nada eficaces).

El elemento de nueva introducción durante el siglo XVIII en la composición y organización de los ejércitos y que sí supone una ruptura integral con modelos anteriores es la aparición del modelo prusiano, una nueva forma de entender el funcionamiento y los objetivos de un ejército totalmente diferente a lo visto hasta el momento. No podemos seguir ahondando en este punto sin nombrar a Clausewitz y la concepción que él tenía acerca del funcionamiento de un ejército:

Para Clausewitz, la guerra adquiere un carácter científico, es decir, se torna en un elemento a analizar del cual se pueden extraer reglas y leyes y, a partir de ahí, establecer el método de actuación adecuado para cada una de las situaciones.³⁷ Así, del estudio de la guerra, Clausewitz establece el siguiente ejemplo de actuación generalizada:

*La caballería no se usará sin necesidad contra una infantería que aún guarda su orden; las armas de fuego sólo se emplearán cuando empiecen a tener una eficacia cierta; en el combate, se ahorrarán las fuerzas todo lo posible para el final: estos son los principios tácticos. Todas estas disposiciones no se pueden aplicar de manera absoluta a cada caso, pero el actuante tiene que tenerlas presentes para no perder la utilidad de la verdad contenida en ellas allá donde pueda tener vigencia.*³⁸

Tenemos otro buen ejemplo a este respecto:

³⁷ Clausewitz, De la *op. cit.*, p. 108-109.

³⁸ *Íbidem*, p. 109.

*La guerra, en sus supremas determinaciones, no consiste en una cantidad infinita de pequeños acontecimientos que se superponen en sus diferencias y por tanto pueden ser mejor o peor controlados con un método mejor o peor, sino en grandes acontecimientos aislados y decisivos que requieren un tratamiento individual. No en un campo lleno de espigas que se siega mejor o peor con una hoz mejor o peor, sin fijarse en cada una de ellas, sino que son grandes árboles a los que hay que aplicar el hacha con reflexión, según la condición y orientación de cada tronco.*³⁹

Así pues, Clausewitz deja claro que cada guerra supone un acontecimiento único en sí mismo, con diferencias entre el resto, pero establece que todas, independientemente de sus matices diferenciadores, tienen una base común cuyo estudio ha de tenerse en cuenta si se quiere controlar de la mejor manera posible. Se debe establecer un método general de actuación que variará en parte según en la realidad la que se aplique.

Clausewitz también establecerá las definiciones de teatro bélico, ejército y campaña. Conceptos que, a la hora de estudiar la guerra, ayudarán a tener un mejor entendimiento de esta y, por tanto, a poder realizar una intervención con una mayor posibilidad de éxito.⁴⁰

El teatro bélico sería una zona geográfica concreta con unos límites bien definidos, ya sea por elementos del paisaje (accidentes geográficos) o por estructuras humanas (fortificaciones, zanjas...), los cuales permiten que lo que ahí dentro se produzca no reciba influencia directa del exterior. El teatro bélico no conforma el total del espacio de la guerra, sino que es una parte de él, pero a su vez, conforma un pequeño todo en el que la influencia exterior no tiene demasiada incidencia.

El ejército sería aquella masa de combate que actúa en un mismo escenario bélico y que estaría dirigida por un único mando supremo con un importante grado de autonomía.

Finalmente tendríamos el concepto de campaña, al cual el general prusiano le quita su característica temporal (una campaña era entendida como todo lo que se produce en todos los teatros bélicos durante un año) y pasaría a ser, simplemente, todos aquellos acontecimientos de un teatro bélico. La razón por la cual se elimina el matiz

³⁹ *Íbidem*, p. 111

⁴⁰ *Íbidem*, pp. 260-261

temporal es que la guerra, en los siglos que nos ocupan, ya no podía dividirse en periodos activos de verano y periodos inactivos de invierno, sino que adquiere continuidad en el tiempo.

Así, con estos conocimientos como base, Clausewitz consigue hacer de la guerra y del funcionamiento de los ejércitos dos elementos predecibles y controlables, a fin de poder obtener mejores resultados con una buena planificación de todos sus aspectos. Así nacerá un nuevo modelo militar revolucionario: el prusiano.

La revelación de Prusia como potencia europea en el siglo XVIII se debe única y exclusivamente a la organización y disciplina de su ejército, sumadas a una serie de tácticas y estrategias bélicas novedosas. Prusia no contaba con excelentes recursos económicos o una densa población con la que poder formar un gran ejército, sino que fue ese novedosísimo modelo militar el que marcó la diferencia con el resto de países europeos, permitiéndole destacar. Esto hacía que el modelo prusiano fuera admirado y ambicionado por el resto de países europeos, aunque esta admiración no era total o universal. Muchas potencias simplemente adoptaron los rasgos más estéticos o superficiales de este modelo (como los uniformes o el tipo de armas), mientras que otras imitaron las tácticas bélicas completamente. No obstante, no todos los rasgos eran dignos de admiración.

Una disciplina férrea como uno de los pilares fundamentales del ejército prusiano. Los fallos o la desobediencia de los soldados eran castigados de formas tan drásticas que rozaban lo sádico (latigazos, ejecuciones ejemplares...). Esto, en lugar de crear soldados disciplinados y serios, más bien los aterrorizaba, y era este miedo el que les obligaba a esforzarse por no cometer ningún fallo. Esto estaba mal visto por parte de muchos países.

El modelo prusiano despertó en Europa un afán sin precedentes por el militarismo, ya que el ejército dejó de ser visto como una herramienta al servicio de los intereses de un Estado y pasó a ser visto como algo con valor por sí mismo, una especie de imagen de lo que debía ser una sociedad perfecta; disciplinada y ordenada. Algo a lo que la sociedad real debía aspirar. Así, muchos países adoptaron rasgos o normas del ejército y las implantaron en la sociedad civil, además del surgimiento de la tendencia a dotar de mayor independencia al estamento militar frente al gobierno civil (esto se logró mediante la introducción de cargos militares en ministerios del gobierno como el de la

guerra u otros. Destaca el ejemplo francés⁴¹). El hecho de que la institución militar empezase a desvincularse del gobierno civil es un indicio de la progresiva separación entre ejército y sociedad que se irá fraguando durante estos siglos y gracias al aumento del profesionalismo militar.

Otro elemento producto de esa paulatina diferenciación entre el ejército y la sociedad, es la construcción de cuarteles para albergar a los soldados. Aunque esto no fue un proceso general ni regular (ya que en muchas zonas los soldados seguían hospedados en poblaciones civiles). La razón de que la construcción de cuarteles no fuera un fenómeno sistemático ni general en todos los países fue su elevado coste. Muchos territorios no tenían los recursos económicos suficientes para dar a la totalidad de sus soldados unos lugares propios donde alojarse. Con todo, los cuarteles fueron un primer paso para separar lo militar de lo civil, algo que no se había dado hasta entonces.

La población civil se vio bastante aliviada en este aspecto, ya que muchos de los problemas ocasionados por el acuartelamiento de los soldados en pueblos o ciudades dejaron de darse. Además, estando todos los soldados en un mismo edificio, los suboficiales veían facilitada la tarea de vigilar que sus tropas no cometiesen desmanes contra los civiles.

La independencia del ejército frente a la sociedad fue mucho más marcada en la Europa occidental. Otro de los rasgos que demuestran este hecho es que descendió de forma considerable el número de mujeres, niños y buscavidas que viajaban con los ejércitos para intentar lucrarse de algún modo. Las milicias también sufrieron la creciente independencia del ejército. Perdieron gran parte de la importancia que habían tenido durante el siglo XVII y parte del XVIII, ya que quedaron desprovistas del valor militar que tenían gracias a la disciplina y profesionalidad y, por consiguiente, mayor eficacia de los ejércitos regulares.

También se potenció el sentimiento de hermandad entre los soldados; ese sentimiento de pertenecer a una organización común e impersonal además de importante. Esto se logró mediante la concesión de honores en forma de medalla o de cualquier otro trofeo por actos heroicos, por haber prestado un largo servicio militar, etc. Lo que hay que tener en cuenta es que estos premios estaban casi exclusivamente

⁴¹ *Íbidem*, p. 173.

reservados para los oficiales, ya que las hazañas de los soldados rasos se seguían recompensando en dinero o en especie. Así, los condecorados podían lucir un símbolo diferenciador del resto de la sociedad que exaltaba sus virtudes personales.

La consecuencia de la implantación (en mayor o menor medida) del modelo prusiano en los ejércitos es un paso más hacia la profesionalización. Se crearon estados mayores; organizaciones centrales encargadas de la administración de los ejércitos y cuyo objetivo era eliminar ese rasgo de propiedad privada de un regimiento que tenía un coronel, algo que se seguía dando entonces. También se dotó de un mayor rigor científico a la planificación de la guerra. Ahora serán una serie de expertos militares los que planifiquen las campañas de manera más eficiente y efectiva, con mapas detallados del territorio enemigo y con movimientos de tropas mucho más coherentes y menos costosos.

Otra consecuencia fue la creación de una formación militar más rigurosa y regular. La formación sistemática de oficiales dará lugar a una clase militar profesional y diferenciada de la sociedad civil. La demanda de oficiales formados será mayor en los regimientos con tareas más técnicas, como los de artillería, donde se necesitaban conocimientos tácticos y técnicos más profundos. Algunos ejemplos de la profundización en este tipo de formación son la academia de Woolwich o la escuela de artillería de Segovia.⁴²

Sin embargo, los oficiales de infantería y caballería tenían una situación muy distinta. Al no haberse producido importantes cambios en el tipo de armas o de organización, además de ser la misión de estos regimientos algo mucho más sencillo que la de un regimiento de artillería, hizo que estos oficiales no necesitasen unos conocimientos tan avanzados, perdurando así la vieja estructura de oficiales provenientes de la alta nobleza (portadora, por su propia condición, de la capacidad de guerrear) y de soldados sin ningún tipo de formación.

⁴² *Íbidem*, p. 178.

Consecuencias económicas y sociales de la guerra

En general, los efectos económicos y sociales de la guerra durante el siglo XVIII no se diferencian de los habidos anteriormente. Las muertes, tanto en el campo de batalla como por enfermedad, las destrucciones físicas y demás efectos negativos, es cierto que fueron menores. El hecho de que estos efectos negativos consiguieran reducirse es consecuencia de una mayor racionalidad militar, tanto en lo teórico (formación de la tropa, mejora de las tácticas y estrategias de combate, etc.) como en lo práctico (unificación de tipos de armas y de equipamientos, desarrollo de la industria armamentística, etc.). La mejor organización y mayor profesionalización de los ejércitos reduce en mucho las pérdidas ocasionadas por la guerra (se atiende mejor a los heridos, no se explotan sin mesura las zonas civiles ocupadas...). Sin embargo, también hay otro motivo por el cual los horrores de la guerra se reducen.

En la segunda mitad del siglo XVIII comienza a surgir una mentalidad mucho más moderna y avanzada que su predecesora en lo que se refiere a la guerra y al concepto que se tiene de esta. Poco a poco va quedando atrás la idea de que la guerra es algo inevitable e intrínseco a la naturaleza humana y, muy paulatinamente, se va sustituyendo por un rechazo rotundo hacia ésta y sus devastadoras consecuencias. Este pensamiento destaca aún más dentro de la corriente de la Ilustración.

Este rechazo a la guerra no se quedó en una ambición puramente intelectual, producto de un círculo cerrado de intelectuales ilustrados, sino que hubo intentos de aplicarlo en la práctica mediante la creación de organismos internacionales cuyo objetivo sería resolver los conflictos mediante la diplomacia, desechando la violencia. Además, estos organismos también tendrían el objetivo de frenar las ambiciones expansionistas de cualquier gobierno mediante la amenaza del uso de la fuerza si fuera preciso. Esto no pasó de meros intentos sin casi repercusión en la práctica, pero se pone de manifiesto el interés más o menos general por reducir la virulencia de la guerra e incluso llegar a acabar con ella.

A este respecto hablaremos del trabajo de Francisco Javier Espinosa Antón, *Los proyectos de paz y el cosmopolitismo en la Ilustración*.⁴³ En este texto el autor nos da

⁴³ ESPINOSA ANTÓN, Francisco Javier «Los proyectos de paz y el cosmopolitismo en la Ilustración», *Araucaria. Revista iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, n.º 32 (2014), p. 5.

una explicación de todos los proyectos de paz a nivel europeo que fueron ideados por varios pensadores de la Ilustración.

Esos proyectos son fruto de un sentimiento de cosmopolitismo generalizado entre las élites intelectuales, un sentimiento fruto de las ideas de la Ilustración basado en la firme creencia de que todos los seres humanos formaban parte de una gran familia o un gran colectivo único, por lo que la guerra entre humanos era la mayor de las barbaries.

Los proyectos de paz emanados de ese sentimiento eurocentrista de cosmopolitismo son muy variados (el de Penn, el de Bellers, el de Saint-Pierre, el de Kant... y un largo etcétera). Son algo sistemático durante la Ilustración y serán difundidos mediante la prensa escrita. Por ejemplo, el *Mercure historique et politique*.

Hablaremos primero de los proyectos de paz de William Penn, destacando «Un Ensayo para la paz presente y futura de Europa mediante el establecimiento de una Dieta, de un Parlamento o de unos Estados Europeos». Este autor se encuadra entre los ilustrados más pragmáticos de la segunda generación, los cuales buscaban plasmar en la realidad sus estudios y teorías para poder mejorar la sociedad.

Penn no creía que el pacifismo debía ser algo espiritual e individualista, sino que debía penetrar en el ámbito de la política para poder, progresivamente, hacer de la guerra algo absurdo y obsoleto en una sociedad moderna. Su creación más prodigiosa fue Pennsylvania. Aquí, Penn intentó implantar un modelo de vida pacífico (el *Holy Experiment*).

En su ensayo propuso la creación de un Parlamento europeo que sirviese como sede de una Confederación Europea, la cual debía contar con diputados de todos los países. Esta institución resolvería los conflictos entre los diferentes Estados incluso con el uso de la fuerza si fuera necesario. Además propuso también que Rusia y Turquía tuviesen dos diputados, por lo que esta idea traspasaba el marco estrictamente europeo.

Después tenemos los proyectos de paz del abate de Saint Pierre, un cosmopolita ético cuya visión de la guerra era muy negativa.

Su primer proyecto fue publicado en 1712 en la ciudad de Colonia y se tituló *Mémoire pour rendre la paix perpétuelle en Europe*. En este y en el resto de sus

trabajos, el abate incide sobre la inutilidad de los medios hasta el momento usados para obtener la paz (tratados o la creación de un equilibrio entre las potencias). Esta inutilidad venía dada por la ausencia de una fuerza superior de los soberanos nacionales que pudiera frenar sus ambiciones. De este modo, Saint-Pierre propondrá la creación de una «Sociedad Europea» que se dotase de un Consejo General formado por cuatro representantes de cada país, con el fin de igualar la representación de los países grandes y pequeños.

También citaremos a Jean Baptiste von Klotz, noble prusiano que participó activamente en la Revolución francesa y fue un ferviente impulsor de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

Su obra más importante fue *La République universelle ou Adresse aux tyranicides*, escrita en 1792 y basada en la elaboración para crear una república universal, ya que no creía que los derechos humanos fuesen algo colectivo, sino parte de cada individuo. Esto hizo que no optase por pergeñar una confederación de naciones y abogase por abolir todas las fronteras y naciones del mundo.

Por último, no podemos dejar de hablar de Kant y su *Para la paz perpetua: un esbozo filosófico*, publicado en 1795.

En obras anteriores, Kant ya adelantaba la idea de que la guerra arrastraba a las naciones a abandonar los conflictos bélicos y a construir una confederación de pueblos con un gobierno y unas leyes comunes. Esta idea la irá madurando con el paso del tiempo y llegará a hablar de un «Estado universal de los Estados», el cual poseerá leyes coactivas que obliguen a los Estados miembros a mantener la paz. Sin embargo, a raíz de este punto, Kant empezará a desconfiar de esta idea ya que, según él, un gobierno universal podría degenerar en tiranía y hacer perder la identidad de todos los pueblos que lo integrasen. Dicha duda la plasmará en el trabajo anteriormente mencionado.

La solución que ideó para este dilema fue la creación de una federación de Estados, sin que hubiese por encima de ellos un poder coercitivo superior, con el fin de que mantuviesen su independencia e identidad. Sin embargo, al no existir un poder coercitivo, el correcto funcionamiento de esa federación quedaría en manos de la buena voluntad de los gobernantes, lo que era sumamente utópico.

Kant introducirá un elemento novedoso en su teoría: el derecho cosmopolita. Esto es, el derecho que tiene cualquier hombre o Estado por pertenecer a ese Estado universal de la humanidad. Ejemplos de este «derecho» serían la libre circulación por los países, el libre comercio o la hospitalidad debida a cualquier persona en cualquier país. Este derecho universal estaría conformado por los derechos políticos que cada ciudadano debe tener en su país y por una legislación común a todas las naciones proveída por esa «federación de Estados». No obstante, Kant vuelve a entrar en el mismo callejón sin salida: si no hay una ley coercitiva que se asegure de que ese derecho universal no es violado por ningún país, ¿cómo podría ser puesto en práctica? Esta pregunta queda sin respuesta válida por parte del filósofo prusiano, ya que deja en manos de la buena moral de la humanidad la aplicación de ese derecho.

Otra de las causas de que la guerra ya no sea vista de una forma positiva o neutral es que los beneficios que obtiene el Estado vencedor del vencido son escasísimos. Debemos tener en cuenta que, durante el siglo XVIII, nos encontramos en una situación de equilibrio de fuerzas entre todas las potencias europeas (todas tienen recursos y ejércitos importantes), por lo que la guerra acaba por agotar a los contendientes sin que uno llegue a destacar sobre el otro. Además la guerra se había suavizado en gran medida, es decir, ya en el siglo XVIII se habían asentado una serie de normas que marcaban el curso de las batallas. Por ejemplo la cantidad de recursos que se podía extraer de la población civil, la relación entre esta y el ejército, las condiciones que tenía que cumplir una ciudad asediada para rendirse y no sufrir represalias (en general, cuando a la muralla de la plaza sitiada se le abría una brecha practicable, la rendición de dicha plaza era totalmente legítima), etc. Si los soldados infringían este tipo de normas podían ser juzgados. Sin embargo, en la práctica no siempre se cumplieron este tipo de directrices. Lo que sí se puede afirmar es que la lucha sin cuartel se vio como contraproducente y se hicieron esfuerzos por atenuar los efectos destructivos de la guerra (mejoró el trato a los prisioneros, se firmaron acuerdos para que estos fueran intercambiados, se atendió mejor a los heridos...).

En lo que a consecuencias económicas y sociales se refiere, no varían en demasía respecto a las expuestas para épocas anteriores, por lo que no ahondaremos excesivamente en el tema. Si tomamos como ejemplo la Guerra del Asiento o de la Oreja de Jenkins entre Inglaterra y España podemos remitirnos al extracto de una carta enviada por el marqués de Ensenada al marqués de Villarias acerca de la estrategia

militar que se estaba tomando en la defensa de las plazas españolas. Ensenada aprovechó la ocasión para exponerle también los efectos que la guerra estaba provocando a los integrantes de la armada española:

*Que de la absoluta falta de ellos [caudales], ha procedido que lejos de tener preparadas nuestras escuadras para obrar en la América, ni aun en Europa lo pueden practicar en el todo (...) Faltan víveres, pertrechos y materiales. Hay muchos enfermos entre la gente de mar, estando la tropa de marina en carnes vivas y los oficiales en la última miseria porque a todos se les deben los sueldos.*⁴⁴

En esta guerra el comercio también se vio afectado por los motivos anteriormente expuestos, ya que se cerraron muchos mercados locales y las rutas comerciales del Atlántico quedaron paralizadas por el constante apresamiento de buques mercantes por parte de la Royal Navy.⁴⁵

Como en el pasado, no todos los efectos de la guerra fueron dañinos. Durante este periodo, la artillería cobró una importancia elevadísima para cualquier operación militar, por lo que la industria concerniente a ella se desarrolló en muchos países.

Aumentó mucho la demanda de armas de fuego y de cañones, sobre todo para abastecer a las flotas, por lo que la industria del hierro se vio beneficiada. Un ejemplo perfecto es Gran Bretaña, ya que su industria metalúrgica experimentó un desarrollo sin precedentes. Este auge de la industria metalúrgica inglesa dio como resultado un avance en las industrias extractivas de carbón, el cual era usado para alimentar los hornos en los que se fundía el hierro. Ante la cada vez mayor escasez de carbón, este fue sustituido paulatinamente por la hulla, más abundante y, por consiguiente, más barata. Además, este auge de la industria británica prelude la posterior revolución industrial.

⁴⁴ BAUDOT MONROY, María, *Política naval y movilización de recursos para la defensa colonial al inicio de la Guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1740)*, Departamento de Historia Moderna, UNED, 2011, p. 55.

⁴⁵ *Íbidem*, p. 57.

Hacia la nación en armas

El modelo de ejército del siglo XVIII seguía estructuralmente formado como en décadas anteriores: oficiales provenientes de la baja y alta nobleza y soldados rasos reclutados entre las capas más humildes y maltratadas de la sociedad. Además, los estragos provocados por dichos ejércitos a su paso por las poblaciones civiles seguían igualmente vigentes. Por esta razón, hacia mediados de siglo empezaron a oírse protestas en diferentes países y reclamaciones de cambios por parte de los gobiernos. Así, se fue extendiendo la idea de crear un nuevo ejército, un ejército menos costoso y de carácter nacional (rompiendo con la diferenciación entre sociedad y militares y creando un ejército representativo de la nación).

La composición social de la oficialidad dentro del ejército estaba conformada de forma totalmente arbitraria. Los cargos más importantes estaban ocupados, o bien por nobles de gran renombre que habían heredado dicho título y que no se lo habían ganado por sus aptitudes militares, o bien por miembros de la alta burguesía que no dudaban en comprar dichos puestos para ostentar un puesto destacado en la sociedad. De esta forma, la profesionalización del ejército, si bien había ido avanzando, estaba lejos de ser total, ya que toda esta serie de oficiales, carentes de formación, habían hecho del ejército una institución negligente e ineficaz. Una de las primeras propuestas radicales de modificación de la estructura del ejército fue la de elaborar sistemas de reclutamiento verdaderamente universales para crear ejércitos masivos; una nación en armas.

Este ejército nuevo será una de las características del nuevo modelo de sociedad que está surgiendo en este momento: una sociedad que debía dejar de ser un reino para ser una nación con un sentimiento de unidad total. Esta sociedad ideal sería capaz de librar una guerra total en el momento de ser atacada.

La concepción de la guerra seguirá desarrollándose a partir de finales del siglo XVIII y hasta nuestros días. El siguiente paso vendrá marcado por la revolución política que supuso, en primer lugar, la Revolución norteamericana y, sobre todo, la Revolución francesa.

Estas revoluciones pondrán de manifiesto un cambio significativo en el modo de entender y hacer la guerra, ya que demuestran que un ejército potente, fuertemente armado, instruido y disciplinado puede ser derrotado por la voluntad de cambio político

de la población local. La guerra por la independencia de Estados Unidos es el primer ejemplo histórico de este nuevo tipo de guerra, la guerra política, dejando atrás las antiguas motivaciones como podrían ser la religión, la expansión territorial o la sucesión dinástica.⁴⁶

Tras la Revolución francesa, las sociedades europeas alcanzarán un altísimo grado de militarización. Sin embargo, no debemos entender esto como un aumento vertiginoso de la presencia e importancia del ejército en la sociedad, sino como una «democratización de las armas», es decir, nace un nuevo modelo de nación cuyo protagonista principal es el pueblo, el cual ha conseguido derribar el sistema político y social de los privilegios, característico del Antiguo Régimen. Ante esto, las clases poderosas no perderán ni un segundo en intentar recuperar su hegemonía tradicional, por lo que el pueblo, la nación, deberá tomar las armas para defenderse de esos ataques. Volverán a recobrar fuerza las milicias, pero estas ya no estarán compuestas como sus predecesoras ni se movilizarán por los mismos motivos (defender un territorio fronterizo, actuar como garantes del orden social en las localidades o complementar a los ejércitos como fuerzas auxiliares), sino que serán la expresión material del ideal que acabamos de explicar: un pueblo-nación en armas para defender sus propios intereses. Así, la «guerra justa» pasa a ser aquella en la cual un pueblo defiende, mediante las armas, sus propios intereses frente a un enemigo opresor.

Durante los primeros momentos de la Revolución francesa se intentaron implantar cambios importantes en el ejército promovidos por este tipo de pensamiento (servicio militar universal, cargos oficiales abiertos a todo aquel que mostrase aptitudes, etc.). También irá desapareciendo la idea de la muerte heroica en batalla para ser sustituida por un sentimiento de sacrificio por la patria, un ente mucho más abstracto e impersonal capaz de impregnar todos los sectores de la sociedad. Con todo, durante todo el siglo XVIII la estructura del ejército y la concepción de este seguirán ancladas en el pasado, y no será hasta pasada la Revolución francesa cuando esta concepción de la nación en armas se vuelva real.

⁴⁶ Keegan, Historia de la *op. cit.*, p. 415

Conclusiones

Como hemos podido ver a lo largo del presente texto, el concepto de guerra ha ido evolucionando durante estos dos siglos, modificando tanto el propio significado de la guerra como el modo y los medios de hacerla. Así tenemos una primera concepción de la guerra como «El uso organizado y controlado de la fuerza armada por un Estado contra otro».⁴⁷ Durante estos momentos (principios del siglo XVII y casi la totalidad del siglo XVIII hasta la Revolución francesa), la guerra era la consecuencia de la constante competencia entre Estados imperiales por aumentar su territorio o sus cotas de comercio a costa del Estado enemigo. Sin embargo, esta no es la única expresión de la guerra durante este periodo; la guerra no solo se reducía a la defensa o a la expansión de las fronteras, sino que se manifestaba en otros ámbitos, como el interior de un país, en el que la guerra es protagonizada por unas fuerzas armadas que actúan contra los infractores de la ley. Es posible que, muchas veces, estos conflictos internos entre parte de la sociedad y las fuerzas armadas de su país estuviesen motivados por elementos religiosos, regionales u otros, pero el más frecuente era la propia lucha de clases entre los estamentos privilegiados y las capas trabajadoras. Sabiendo esto, está muy claro que durante estos siglos, y a lo largo de la historia, el Estado ha sido una herramienta al servicio de una o varias clases dominantes unidas entre sí para oprimir y controlar al pueblo llano (eminentemente productor). Las fuerzas armadas durante el Antiguo Régimen son el medio que el Estado usa para implantar su control sobre la sociedad. La fuerte represión ejercida por los ejércitos contra los motines y los tumultos expresa claramente ese temor de los poderosos ante la posibilidad de que las clases inferiores se alzasen en armas.

Con el paso del tiempo, con el avance de las mentalidades de la época, con la concienciación del verdadero carácter destructivo de la guerra, etc., la sociedad fue viendo en ella un suceso a evitar a toda costa y, sobre todo, dudó acerca del papel que jugaba el ejército en la sociedad; si de verdad servía a la totalidad de la población o si, por el contrario, era una institución creada para asegurar puestos importantes en la sociedad a las clases privilegiadas; una institución al servicio de unos intereses concretos y legitimadora de los mismos ante el pueblo en general. De ahí que se alzasen las primeras voces en contra del concepto de ejército tal y como se estructuraba y se

⁴⁷ BEST, Geoffrey, *Guerra y Sociedad en la Europa revolucionaria (1770-1870)*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica 1990, p. 13.

exigiesen cambios que hicieran de él una institución profesional, impersonal y más democrática (en el sentido de una igualdad de oportunidades de acceso a cargos militares para todos aquellos que mostrasen aptitudes para ostentarlos).

Por otro lado, debemos remarcar algo que ha ido quedando patente a lo largo del texto. Se trata del carácter de clase que tienen las consecuencias de la guerra, es decir, que estas no afectaban por igual a todos los grupos sociales, sino que las más afectadas fueron las más bajas y humildes, cuyos miembros nutrían los ejércitos, morían en las batallas y sufrían el expolio y la opresión del resto de ejércitos en sus propias tierras. Las consecuencias «positivas» que hemos ido enumerando también merecen ser matizadas, ya que es cierto que la guerra podía favorecer según qué tipo de industria (la armamentística sobre todo), pero debemos tener en cuenta que el desarrollo de esta industria en ningún momento se aplicó a fines productivos, sino que su objetivo era seguir haciendo girar los engranajes de la maquinaria de guerra de los Estados europeos. Así pues, la guerra se apodera de unos recursos económicos que podrían ser aplicados a finalidades mucho más provechosas para la sociedad y, además, fomenta cambios económicos favorables únicamente a la propia guerra.

Con la llegada del siglo XIX se pone fin al periodo más conflictivo de la historia occidental. Es en estos momentos, terminadas ya las guerras napoleónicas con el ocaso de Waterloo y con la revolución industrial ya implantada en Inglaterra, cuando Europa deja de concebir la guerra como un método de actuación política y de expansión territorial hegemónica. Esto se debe, más que a la producción teórica de filósofos y pensadores de la guerra, al propio agotamiento del continente ya que, como dice Williamson Murray, «nadie estaba dispuesto a recurrir a la guerra para solventar disputas territoriales o atender a ambiciones hegemónicas.»⁴⁸

A partir de aquí, y entrando en lo que hoy denominamos como «Edad contemporánea», llegamos a la época de las ideas políticas, un tiempo en el que la guerra pasa a ser la consecuencia del antagonismo entre sistemas políticos, sociales y económicos, con formas diferentes de organizar y controlar a la sociedad en general (ya no solo la de un país, sino que esos sistemas nacen con un objetivo de implantación

⁴⁸ MURRAY A., Williamson, «La industrialización de la guerra, 1815-1871», en Geoffrey Parker (Ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2005, p. 225.

mundial), como podrían ser el capitalismo y el socialismo y su enfrentamiento durante el periodo de la Guerra Fría.

Bibliografía

ANDERSON, M. S., *Guerra y sociedad en la Europa del Antiguo Régimen (1618-1789)*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1990.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco, *Ejército y militares en la Europa Moderna* Madrid, Síntesis, 2014.

ARCARAZO GARCÍA, Luis Alfonso, *La asistencia sanitaria pública en el Aragón rural entre 1673-1750: las conducciones sanitarias de Barbastro*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2010.

BAUDOT MONROY, María, *Política naval y movilización de recursos para la defensa colonial al inicio de la Guerra de la Oreja de Jenkins (1739-1740)*, Departamento de Historia Moderna, UNED, 2011.

BEST, Geoffrey, *Guerra y Sociedad en la Europa revolucionaria (1770-1870)*, Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica 1990.

CASTILLA URBANO, Francisco, «Concordia y discordia en el Renacimiento: el pensamiento sobre la guerra en la primera mitad del siglo XVI», *Araucaria. Revista iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, n.º 32 (2014), pp. 25-52.

CLAUSEWITZ, Carl von, *De la guerra*, (versión íntegra de 1832), edición al español, Madrid, La esfera de los libros, 2005.

CONTRERAS GAY, José, «El servicio militar en España durante el siglo XVII», *Chronica Nova*, n.º 21 (1993-1994), pp. 99-122.

ESPINO LÓPEZ, Antonio, «La historia militar. Entre la tradición y la renovación», *Manuscripts*, n.º 11 (1993), pp. 215-242.

ESPINOSA ANTÓN, Francisco Javier «Los proyectos de paz y el cosmopolitismo en la Ilustración», *Araucaria. Revista iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, n.º 32 (2014), pp. 5-23.

GARCÍA HERNÁN, David «Guerra, propaganda y cultura en la monarquía hispánica: la narrativa del Siglo de oro», *Obradoiro de Historia Moderna* n.º 20 (2011), pp. 281-302.

GONZÁLEZ ENCISO, Agustín (coord.), *Historia Económica de la España Moderna*, Madrid, Actas, 1992.

FLORISTÁN, Alfredo (coord.), *Historia moderna universal*, Barcelona, Ariel, 2002.

HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA, María Dolores, «La investigación en historia militar de la Edad Moderna y sus fuentes. El Archivo General Militar de Segovia, decano de los Archivos Militares Españoles», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 38 (2013), pp. 165-214.

KEEGAN, John, *Historia de la guerra*, Barcelona, Planeta, 1993.

PARKER, Geoffrey (coord.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 2005.

RIBOT, Luis (coord.), *Edad moderna II. Escenario europeo*, Madrid: Ministerio de Defensa, Secretaría general técnica, 2013.